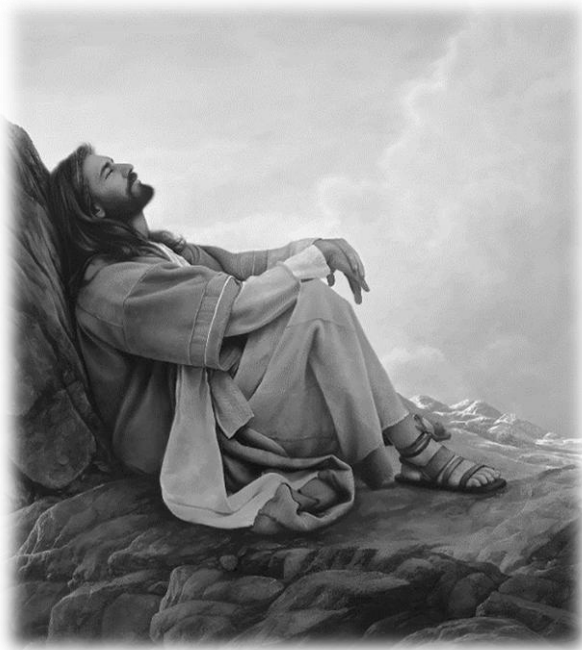


La Oración Profunda



OSVALDO REBOLLEDA

La Oración Profunda



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La oración aprendida.....	9
Capítulo dos:	
Orar en todo tiempo.....	25
Capítulo tres:	
Jesús y Su vida secreta con el Padre.....	40
Capítulo cuatro:	
Entrar, cerrar la puerta y callar.....	54
Capítulo cinco:	
Cuando las palabras sobran.....	67
Capítulo seis:	
Dios está aun cuando no lo sentimos.....	80

Capítulo siete:

No se puede tocar Su presencia sin morir.....92

Capítulo ocho:

Del silencio a la vida de resurrección.....103

Capítulo nueve:

El protocolo de la oración.....114

Epílogo122

Reconocimientos.....127

Sobre el autor.....129



Introducción

“Cuando las palabras ya no alcanzan”

“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.”

Mateo 6:7

Vivimos en una generación que habla mucho... incluso cuando ora. Hemos llenado el aire de palabras dirigidas a Dios, pero hemos perdido, en gran medida, la capacidad de estar delante de Él. No porque no lo amemos, sino porque aprendimos a relacionarnos con Dios más desde la actividad que desde la comunión.

La oración, que nació como un espacio de intimidad viva, se fue convirtiendo con el tiempo en una práctica estructurada, en una disciplina medida por horarios, por duración, por cantidad de palabras, e incluso por esfuerzo.

Muchos creyentes oran fielmente cada día, pero en lo profundo de su corazón sienten que algo falta. No saben bien qué es, pero lo perciben. Oran... y aun así permanecen inquietos. Hablan... y aun así no descansan. Cumplen... pero no siempre permanecen.

Este libro nace desde ese susurro interior que muchos callan, pero se preguntan: ¿Habrà una forma más profunda,

más real, más verdadera de estar con Dios? ¿Debo esforzarme en orar cuando no lo estoy disfrutando? ¿Es la oración una obligación o debería ser un deleite?

No escribo estas páginas para enseñar una técnica de oración, ni para proponer un nuevo modelo espiritual. Mucho menos para criticar la oración sincera de mis hermanos. Escribo desde una experiencia personal, formada a lo largo de los años, en la que el Espíritu Santo fue desarmando en mí estructuras aprendidas, no para dejarme vacío, sino para llevarme a una comunión más simple, más honesta y más profunda.

Durante mucho tiempo creí que orar consistía, esencialmente, en hablar. En decir lo correcto, en recordar cada pedido, en sostener un tiempo determinado. Aprendí a llenar silencios con palabras y a medir mi devoción por la duración de mis oraciones. Sin darme cuenta, la oración comenzó a satisfacer más mi conciencia religiosa que mi hambre de Dios.

Con el paso del tiempo, y sobre todo en la medida en que la comunión con el Señor se volvió más real que mis propias formas, descubrí algo que transformó por completo mi manera de orar: No toda oración toca la presencia de Dios, aunque esté llena de palabras. Y, al mismo tiempo, comprendí que hay momentos delante de Él donde las palabras sobran, no porque no haya nada que decir, sino porque la presencia lo llena todo.

La Escritura nos exhorta a orar en todo tiempo, y eso no puede reducirse a una vida de rodillas permanente ni a un monólogo interminable. Orar en todo tiempo es vivir conscientes de Su presencia, caminar delante de Él, pensar, decidir y respirar en comunión con Su Espíritu. Es una vida habitada, no una práctica aislada.

Pero también existe otro espacio, igualmente necesario: el espacio del secreto, de la soledad buscada, del silencio consentido, de la quietud elegida. No como ritual, no como obligación, sino como respuesta de amor. Es allí donde aprendí que la oración profunda no siempre consiste en hablar, sino en rendir. No siempre en pedir, sino en escuchar con todo el ser. No siempre en recibir algo, sino en morir a algo.

Porque hay una verdad que atraviesa toda experiencia genuina con Dios: “No se puede tocar Su presencia sin que algo en nosotros muera.”

Mueren nuestras razones, nuestras defensas, nuestro ego, nuestras seguridades, incluso nuestras formas correctas pero ya vacías. Y solo después de esa muerte silenciosa, comienza a manifestarse la vida que no puede producir ningún esfuerzo humano.

Este libro es una invitación pastoral a ese lugar. No impone caminos. No establece horarios. No promete sensaciones. Solo abre una puerta.

Es una invitación a dejar de repetir palabras para calmar la conciencia y aprender a habitar la presencia. A redescubrir la oración no como una carga, sino como un lugar donde el alma se desnuda sin miedo, donde el silencio no incomoda, y donde el corazón aprende a inclinarse, suavemente, a la voluntad del Padre.

Si el lector está buscando fórmulas, probablemente este libro no lo satisfaga. Pero si está buscando a Dios... entonces tal vez estas páginas puedan acompañarlo de regreso al secreto, al silencio, y a la oración profunda.

***“Porque entonces te deleitarás en el Omnipotente,
Y alzarás a Dios tu rostro.”***

Job 22:26



Capítulo uno

La Oración Aprendida

“Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.”

Jeremías 29:12 y 13

La mayoría de los creyentes no aprendimos verdaderamente a orar; aprendimos, más bien, a construir discursos religiosos delante de Dios. Aprendimos formas, estructuras, secuencias, lenguajes espirituales aceptados, pero rara vez fuimos introducidos, al menos de manera consciente y deliberada, en la dimensión más profunda y más transformadora de la oración: la comunión viva con la presencia de Dios.

Esta afirmación no pretende ser una crítica ligera ni una reacción emocional frente a prácticas eclesiales, sino una observación magisterial que emerge de años de vida cristiana, de caminar junto a creyentes sinceros, de escuchar

confesiones silenciosas que rara vez se expresan públicamente, pero que laten con fuerza en la intimidad del alma de muchos hijos de Dios.

Existe, en efecto, una paradoja inquietante en la experiencia espiritual contemporánea: vivimos en una generación que habla constantemente de oración, que produce abundante enseñanza sobre oración, que organiza reuniones centradas en la oración, que insiste en la necesidad de la oración, y sin embargo, en medio de esta saturación de lenguaje espiritual, no son pocos los creyentes que viven interiormente agotados, frustrados o incluso culpables en su relación con la oración.

No porque carezcan de sinceridad, ni porque les falte amor por Dios, sino porque aquello que debía ser descanso se convirtió, imperceptiblemente, en exigencia; aquello que debía ser vida, comenzó a sentirse como rendimiento; aquello que debía ser comunión, terminó pareciéndose a una obligación espiritual difícil de sostener.

Muchos llegamos al Evangelio movidos por un hambre genuina, por una sed interior que ninguna experiencia previa había logrado calmar. No veníamos buscando técnicas religiosas ni rutinas espirituales sofisticadas; veníamos buscando vida. Veníamos cargados de preguntas, de vacíos, de heridas, de una conciencia profunda, aunque muchas veces indefinible, de que algo esencial faltaba en nuestra existencia.

Y en el encuentro con Cristo, en la gracia de la regeneración, en la irrupción soberana de Su luz en nuestro interior, encontramos aquello que el alma humana jamás podría producir por sí misma: vida divina. Sin embargo, casi inmediatamente después de este encuentro transformador, fuimos introducidos, generalmente con buena intención y genuino celo espiritual, en un conjunto de prácticas que, aunque no necesariamente erróneas en su esencia, muchas veces terminaron desplazando el énfasis desde la experiencia viva hacia el cumplimiento externo.

“Debes orar”; “Debes hacerlo cada día”; “Debes hacerlo al menos una hora”; “Debes sostener disciplina”; “Debes aprender a hablar con Dios”; “Debes apartar tiempo”; “Debes hacerlo correctamente”. Así, la oración comenzó a ser presentada, no como el privilegio supremo del Nuevo Pacto, sino como una evidencia medible de compromiso espiritual.

Gradualmente, sin advertirlo, la comunión comenzó a asociarse con rendimiento, la cercanía con Dios con esfuerzo sostenido, y la fidelidad espiritual con la capacidad de mantener rutinas prolongadas aun cuando el corazón estuviera seco, cansado o simplemente en silencio.

No es extraño entonces que tantos creyentes, aun profundamente sinceros, vivan cargados de culpa en relación con la oración. Culpa por no alcanzar el tiempo esperado, culpa por distraerse, culpa por no experimentar emociones intensas, culpa por no saber qué decir, culpa por sentir que su

vida de oración no se ajusta a ciertos parámetros implícitos de espiritualidad aceptada.

La oración, que debía ser descanso del alma en Dios, comenzó a sentirse como presión; la comunión, que debía fluir desde la vida regenerada, comenzó a experimentarse como una carga difícil de sostener.

Aquí resulta necesario detenernos con honestidad teológica y pastoral. El problema jamás ha sido la disciplina. La Escritura no desprecia la constancia, ni minimiza la perseverancia, ni relativiza la importancia de apartar tiempo para Dios. El problema surge cuando la disciplina, en lugar de servir a la vida, comienza a sustituirla; cuando el tiempo apartado deja de ser un espacio de encuentro para convertirse en una medida de mérito; cuando la oración deja de ser comunión para transformarse en una tarea que debe cumplirse.

“Sostener una práctica espiritual desde la vida es profundamente distinto que sostenerla desde la obligación...”

En la revelación bíblica, la oración nunca es presentada como un mecanismo de rendimiento religioso. Jesús mismo, al confrontar deformaciones espirituales profundamente arraigadas en Su tiempo, señaló una distorsión que continúa siendo sorprendentemente actual:

“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.”

Mateo 6:7 y 8

Estas palabras del Señor encierran una profundidad que muchas veces ha sido leída superficialmente. Cristo no condena la oración extensa, ni desautoriza la perseverancia, ni minimiza la súplica. Lo que confronta es algo mucho más sutil y mucho más peligroso: la ilusión de que la abundancia de palabras produce eficacia espiritual.

La ansiedad religiosa que cree que debe llenar el silencio. La creencia implícita de que Dios responde al volumen verbal, como si la extensión del discurso garantizara atención divina, o como si repetirle a Dios una y otra vez una misma petición, hará que Él se convenza de complacernos.

Aquí emerge una de las raíces más profundas del agotamiento espiritual en la oración: intentar sostener con palabras lo que solo puede sostenerse con Presencia. Cuando la unción no está participando en nuestras oraciones, solo queda la frustración, el agotamiento espiritual, el agobio, la ausencia de un impulso sincero que determine nuestro clamor.

Muchos creyentes, en su sinceridad, aprenden a temer el silencio. Aprenden a asociar la falta de palabras con

sequedad espiritual, con desconexión, con debilidad en la vida de oración. Así, desarrollan la necesidad de producir constantemente contenido verbal delante de Dios, de mantener actividad espiritual, de sostener diálogo aun cuando el alma no tenga nada que decir. Sin advertirlo, la oración comienza a parecerse más a una construcción mental que a una rendición del corazón, más a un ejercicio discursivo que a un descanso en la presencia divina.

Sin embargo, la Escritura introduce una dimensión que rara vez ocupa el centro de la enseñanza contemporánea sobre oración: la quietud delante de Dios. ***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmo 46:10)***. Esta declaración no es una invitación a la pasividad espiritual, sino a una forma distinta de conocimiento. Porque existe un conocimiento de Dios que no se alcanza mediante información, sino mediante exposición; no mediante análisis, sino mediante cercanía; no mediante discurso, sino mediante presencia.

La oración que muchos aprendimos fue, en gran medida, una oración centrada en contenido. Contenido de palabras, contenido de peticiones, contenido de temas, contenido de listas. Gradualmente, sin advertirlo, la oración comenzó a parecerse a una presentación.

Se repetían necesidades, se repetían nombres, se repetían cargas, se repetían fórmulas aprendidas. No necesariamente por hipocresía, sino por desconocimiento. Porque cuando la oración es enseñada principalmente como

“cosas que decir”, el creyente inevitablemente termina creyendo que el silencio es un fracaso.

Pero en la economía del Reino, el silencio muchas veces no es ausencia; es profundidad. No es vacío; es reverencia. No es desconexión; es contemplación.

El Nuevo Pacto no fue establecido para perfeccionar técnicas religiosas, sino para introducir al creyente en una comunión viva con Dios. Hebreos declara con claridad: ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia” (Hebreos 4:16)***. Obsérvese que el énfasis no recae sobre la forma del acercamiento, sino sobre la confianza del corazón. El creyente regenerado no es un suplicante distante intentando captar la atención de un Dios remoto; es un hijo acercándose a Su Padre.

Sin embargo, muchas prácticas heredadas conservaron, sin advertirlo, una mentalidad más cercana al esfuerzo religioso que al descanso del acceso consumado en Cristo. Se oraba para lograr cercanía, se oraba para generar atmósfera, se oraba para “sentir presencia”. Pero la Escritura afirma algo radicalmente distinto:

“Porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.”

Efesios 2:18

No buscamos entrada. Tenemos entrada. No producimos acceso. Vivimos en acceso. Cuando esta verdad

no es comprendida profundamente, la oración fácilmente se desliza hacia el terreno del esfuerzo humano. Y cuando la oración se convierte en esfuerzo humano, inevitablemente produce fatiga espiritual. Porque sostener una vida de palabras sin sostener una vida de presencia es agotador. Repetir sin descansar es agotador. Hablar sin habitar es agotador.

Aquí comienza a manifestarse una de las confusiones más extendidas y más sutiles dentro de la experiencia cristiana: confundir fidelidad con repetición. Muchos creyentes creen ser fieles porque repiten diariamente el mismo esquema de oración, la misma secuencia, las mismas estructuras. Pero la repetición no siempre es profundidad, la constancia no siempre es comunión, la disciplina no siempre es intimidad.

Jesús no llamó a Sus discípulos a perfeccionar discursos, sino a permanecer: “*Permaneced en mí, y yo en vosotros*” (Juan 15:4). La permanencia describe un estado relacional, no una actividad técnica. No se trata de cuánto se dice, sino de cuánto se habita. No de cuánto se expresa, sino de cuánto se rinde el corazón.

Es posible, y esta afirmación requiere profunda humildad, orar mucho y permanecer poco. Hablar mucho y rendirse poco. Decir mucho y escuchar nada. Esta realidad, aunque incómoda, es pastoralmente evidente. Creyentes sinceros, comprometidos, disciplinados, pero interiormente inquietos, ansiosos, cargados, defensivos. Porque la

presencia de Dios no adorna al hombre; lo atraviesa. No lo entretiene; lo confronta. No lo halaga; lo purifica.

Existe, en consecuencia, una forma de oración que puede calmar la conciencia religiosa sin tocar verdaderamente la presencia de Dios. Una oración que produce sensación de cumplimiento, pero no necesariamente transformación interior. Una oración que satisface la idea de “haber hecho lo correcto”, pero no necesariamente expone el corazón a la luz divina.

Existe una dimensión de la oración que rara vez es examinada con suficiente profundidad dentro de la vida cristiana, quizá porque resulta incómoda para nuestras estructuras religiosas más arraigadas. Se trata de la diferencia entre una oración que funciona como alivio psicológico y una oración que opera como espacio de transformación espiritual.

Esta distinción, aunque sutil en apariencia, posee implicaciones extraordinariamente profundas, pues no toda experiencia de oración produce necesariamente el mismo efecto en el interior del creyente.

El ser humano, aun después de la regeneración, continúa siendo portador de una compleja vida emocional. Cargas, temores, ansiedades, incertidumbres, conflictos internos, tensiones cotidianas; todo ello forma parte de la experiencia humana normal.

En este contexto, la oración fácilmente puede convertirse en un mecanismo de descarga emocional. El creyente habla, expresa, verbaliza preocupaciones, formula deseos, exterioriza angustias. Y en un nivel legítimo, esto posee valor. La Escritura misma invita a derramar el corazón delante de Dios: ***“Derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Salmo 62:8).***

Sin embargo, aquí emerge una verdad que requiere discernimiento espiritual: la descarga emocional no es necesariamente sinónimo de comunión transformadora.

Un creyente puede experimentar alivio después de orar y, sin embargo, no haber sido confrontado interiormente. Puede sentir calma sin haber sido rendido. Puede experimentar consuelo sin haber sido desmantelado en sus estructuras internas. La oración, en este caso, opera como un refugio emocional, como un espacio de regulación psicológica, como un mecanismo legítimo de expresión afectiva, pero no necesariamente como un altar donde el yo es expuesto a la luz divina.

Esta diferencia es crucial. Porque la oración profunda no solo calma; transforma. No solo alivia; atraviesa. No solo consuela; purifica.

En muchas prácticas contemporáneas, la oración ha sido presentada, aunque raramente de manera explícita, como una herramienta para sentirse mejor, para reducir ansiedad, para obtener paz emocional, para liberar tensiones internas.

Sin negar que la presencia de Dios produce paz, la Escritura jamás reduce la oración a una técnica de bienestar psicológico. La paz bíblica no es simplemente ausencia de inquietud emocional; es el fruto de un corazón alineado con la voluntad divina.

Cuando la oración es buscada principalmente como alivio emocional, el centro de gravedad permanece sutilmente desplazado hacia el yo. El creyente ora para sentirse mejor, para encontrar tranquilidad, para experimentar descanso psicológico. Pero la oración profunda introduce una lógica distinta: el creyente se expone a Dios, no para regular emociones, sino para ser transformado.

Aquí es donde muchas tensiones espirituales comienzan a manifestarse; porque el alivio emocional es agradable. La transformación interior no siempre lo es.

Ser consolado es deseable; ser confrontado es incómodo; recibir paz es grato; morir a ciertas estructuras internas resulta doloroso. Y sin advertirlo, muchos creyentes desarrollan una relación con la oración en la que, aunque buscan sinceramente a Dios, evitan inconscientemente aquellas dimensiones donde la presencia divina comienza a tocar zonas más profundas del corazón.

La presencia de Dios no opera únicamente como consuelo; opera como fuego purificador. ***“Porque nuestro Dios es fuego consumidor”*** (Hebreos 12:29). Esta afirmación no describe destrucción arbitraria, sino

purificación transformadora. La cercanía de Dios no solo tranquiliza; expone. No solo abraza; ilumina. No solo fortalece; desmantela aquello que no puede coexistir con Su santidad.

Aquí se encuentra una de las razones por las cuales la oración superficial puede resultar más cómoda que la oración profunda. En la superficie, el creyente mantiene control. Decide qué decir, qué presentar, qué enfatizar, qué evitar. La oración permanece dentro de márgenes relativamente previsible. Pero cuando el creyente comienza a permanecer en silencio delante de Dios, cuando cesa el esfuerzo por sostener discurso, cuando la actividad verbal disminuye, algo radicalmente distinto comienza a suceder.

El yo pierde protagonismo; el control comienza a diluirse; las defensas internas se debilitan; la autojustificación se vuelve insostenible; la presencia divina comienza a operar en niveles donde las palabras ya no gobiernan la experiencia, porque el silencio posee una capacidad extraordinaria: “expone”.

Mientras hablamos, dirigimos, mientras explicamos, estructuramos, mientras formulamos, organizamos la experiencia. Pero cuando callamos delante de Dios, quedamos abiertos. Desnudos, sin retórica, sin construcción verbal, sin refugios discursivos, y esta exposición no siempre resulta cómoda para el ego humano, incluso dentro de la vida cristiana.

Aquí es necesario introducir una verdad teológicamente fundamental: la oración no fue diseñada para preservar al yo, sino para rendirlo. Desde una perspectiva bíblica, la obra de Dios en el creyente no consiste meramente en consolar al viejo hombre, sino en conformar al creyente a la imagen de Cristo. ***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29)***. Este proceso de conformación inevitablemente implica desmantelamiento, ajuste, rendición, transformación interior.

Y es precisamente en la dimensión más profunda de la oración donde este proceso adquiere una intensidad singular. No porque la oración produzca la obra de Dios, sino porque expone al creyente a ella.

Existe, en efecto, una ilusión espiritual profundamente arraigada en muchas expresiones religiosas: la ilusión de productividad espiritual. El creyente siente que “hizo algo” porque habló mucho, porque mantuvo tiempo prolongado, porque sostuvo intensidad verbal. Sin embargo, la lógica del Reino no opera en términos de productividad humana. La transformación espiritual no depende del volumen del discurso, sino de la exposición sincera del corazón.

Marta representa, en cierto sentido, una imagen paradigmática de esta tensión. ***“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte” (Lucas 10:41 y 42)***. La actividad de Marta no era incorrecta en sí

misma. Era legítima, comprensible, incluso necesaria en cierto nivel. Pero Jesús revela una jerarquía espiritual ineludible: existe algo más esencial que la actividad religiosa, algo más profundo que el hacer, algo que no puede ser sustituido por el movimiento constante.

La buena parte, la permanencia, la quietud, la cercanía, la contemplación...

María no produce, permanece. No actúa, habita. No se afana, descansa en la presencia de Jesús...

Esta escena, no solo describe un episodio doméstico, sino un principio espiritual permanente. La vida cristiana fácilmente puede deslizarse hacia la actividad espiritual constante, incluso dentro de la oración. Hacer, decir, declarar, insistir, cubrir, interceder, moverse sin cesar. Pero la oración profunda introduce al creyente en una dimensión donde la centralidad ya no es la actividad, sino la Presencia.

Aquí emerge una pregunta inevitable y profundamente confrontadora: ¿qué sucede cuando dejamos de producir palabras? Bueno, muchos descubren, no sin cierta inquietud inicial, que al cesar el discurso emerge el ruido interno. Pensamientos dispersos, inquietudes latentes, tensiones invisibles, resistencias silenciosas. La ausencia de palabras no produce vacío; produce exposición. Aquello que la actividad verbal mantenía parcialmente contenido comienza a manifestarse.

Y precisamente allí comienza la obra más profunda, porque la oración profunda no anestesia el ruido interno; lo revela para que sea rendido. No distrae al alma; la expone. No entretiene al yo; lo coloca bajo la luz divina.

Esta experiencia marca, muchas veces, una transición decisiva en la vida espiritual del creyente. La oración deja de ser un espacio de regulación emocional o cumplimiento religioso y comienza a transformarse en un altar silencioso donde el corazón es inclinado, donde la voluntad es suavemente ajustada, donde el yo comienza a perder su rigidez natural.

La presencia de Dios, en esta dimensión, no opera primariamente como estímulo emocional, sino como influencia transformadora. No siempre se sienten cosas extraordinarias. No siempre se experimentan manifestaciones perceptibles. Pero algo profundamente real comienza a suceder: el corazón es inclinado.

Sin violencia, sin presión, sin dramatismo, los hijos de Dios comienzan a “saber” más que a “escuchar”. A percibir convicción más que información. A experimentar alineación más que instrucciones explícitas. Porque en la economía del Espíritu, la voluntad de Dios muchas veces no es comunicada como dato externo, sino como inclinación interior.

“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”

Filipenses 2:13

Obsérvese cuidadosamente: produce el querer; no solo dirige acciones; transforma disposiciones internas; inclina afectos; reordena deseos, y esta obra, silenciosa pero profundamente real, encuentra en la oración profunda, un espacio privilegiado de operación.

Gradualmente, comenzamos a comprender que la oración más transformadora no es necesariamente aquella donde más hablamos, sino aquella donde más se permanecemos. No aquella donde más expresamos, sino donde más rendimos nuestro corazón. No aquella donde más actividad tuvimos, sino donde mayor exposición experimentamos delante de Dios.

Así, la oración comienza a recuperar su naturaleza original dentro del Nuevo Pacto: no como rendimiento religioso, sino como comunión transformadora. No como esfuerzo humano sostenido, sino como descanso consciente en la presencia divina.

Y desde esta comprensión, se abre naturalmente el camino hacia una dimensión aún más amplia y más estable de la vida espiritual: la comunión que no depende de momentos apartados, sino que habita toda nuestra existencia. “El orar en todo tiempo”.



Capítulo dos

Orar en todo Tiempo

*“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el
Espíritu.”*
Efesios 6:18

Existe una forma de comprender la oración que transforma radicalmente toda la experiencia espiritual de los hijos de Dios. No se trata de una técnica, ni de una metodología, ni de una estructura devocional particular, sino de una realidad ontológica nacida de la regeneración: la comunión permanente del creyente con Dios por medio del Espíritu Santo.

Esta dimensión, aunque claramente revelada en la Escritura, muchas veces permanece velada por hábitos religiosos heredados que, sin negar su valor relativo, pueden oscurecer la simplicidad gloriosa del Nuevo Pacto.

Cuando Pablo exhorta a la Iglesia diciendo que deben orar en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, no estaba describiendo una postura física continua ni una actividad verbal ininterrumpida, sino un estado espiritual.

El apóstol no presenta la oración como un acto ocasional que se activa en determinados momentos del día, sino como una condición que habita la vida del creyente regenerado. Orar en todo tiempo no significa hablar sin cesar; significa vivir en comunión.

Esta distinción es decisiva, porque si la oración es entendida únicamente como actividad, inevitablemente será limitada por el tiempo, el espacio y la energía humana. Pero si la oración es comprendida como comunión, deja de estar confinada a momentos específicos y comienza a impregnar toda la existencia del creyente. La vida regenerada no es simplemente una vida que ora; es una vida conectada.

La regeneración no introduce meramente nuevas creencias; introduce una nueva condición espiritual. ***“El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17).*** Esta afirmación, extraordinariamente profunda, revela que la relación del creyente con Dios no opera primariamente en términos de proximidad externa, sino de unión interna. No se trata de acercamientos ocasionales a una presencia distante, sino de participación en una comunión ya establecida en Cristo.

Aquí se encuentra una de las verdades más liberadoras del Evangelio: los creyentes no transitamos intermitentemente entre cercanía y distancia, entre conexión y desconexión, entre presencia y ausencia. Vivimos en acceso permanente.

“Porque por medio de Él tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.”

Efesios 2:18

Entrada, no ocasional; acceso, no condicionado; comunión, no episódica. La vida cristiana, entonces, no se desarrolla como una sucesión de momentos espirituales aislados, sino como una existencia habitada por la presencia de Dios. Esta realidad no depende de sensaciones, ni de estados emocionales, ni de atmósferas místicas, sino de la obra consumada de Cristo y de la inhabitación del Espíritu Santo.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”

1 Corintios 6:19

Templo no describe visita, describe morada. Esta comprensión altera profundamente la manera en que el creyente percibe su relación cotidiana con Dios. La comunión deja de ser algo que debe producirse mediante prácticas específicas y comienza a ser reconocida como una realidad que ya habita el interior del creyente. No se trata de generar presencia, sino de vivir conscientes de ella.

Aquí emerge una dimensión extraordinariamente rica de la vida espiritual: “la consciencia de Su presencia”.

Muchos creyentes viven sinceramente unidos a Dios, pero funcionalmente distraídos de esta realidad. No porque carezcan del Espíritu, sino porque su percepción espiritual ha sido moldeada por una mentalidad que asocia la presencia divina principalmente con momentos extraordinarios, experiencias intensas o contextos explícitamente religiosos. Sin embargo, la revelación bíblica presenta una perspectiva radicalmente distinta: Dios no irrumpe ocasionalmente en la vida del creyente; habita permanentemente en ella.

“En Él vivimos, y nos movemos, y somos”

Hechos 17:28

Esta declaración no describe una experiencia excepcional, sino una condición existencial. Vivir en consciencia de la presencia de Dios no implica un estado de tensión religiosa constante ni una introspección espiritual forzada. No se trata de una vigilancia psicológica agotadora ni de un esfuerzo mental por “recordar a Dios”, sino de una madurez relacional que reconoce la realidad de Su Presencia.

Es, en esencia, aprender a vivir delante de Dios; pensar delante de Dios; decidir delante de Dios, caminar delante de Dios. Aquí la oración comienza a adquirir una forma silenciosa, natural y profundamente integrada a la vida. Los hijos de Dios, no necesitamos interrumpir constantemente nuestras actividades para “activar la comunión”, porque la

comuni3n no depende de interrupciones externas. La relaci3n con Dios comienza a habitar el pensamiento, la percepci3n, la interpretaci3n de la realidad, la toma de decisiones, incluso las emociones cotidianas.

La oraci3n, en esta dimensi3n, deja de ser principalmente un acto verbal para convertirse en una actitud permanente del coraz3n. Una consciencia relacional; un vivir acompa1ado; un saberse delante de .

David expres3 esta realidad con una profundidad conmovedora: ***“Jehová cumplir su prop3sito en mí”*** (**Salmo 138:8**). Esta convicci3n no emerge de un esfuerzo ansioso por sostener control espiritual, sino del descanso que nace de la confianza relacional. Si David pudo comprender esto proféticamente, cuanto más nosotros que vivimos en la realidad del Nuevo Pacto.

Los hijos de Dios que vivimos en consciencia de la presencia divina en nuestro ser, comenzamos a experimentar una transformaci3n silenciosa en nuestra manera de habitar el mundo y de expresar la vida.

La ansiedad comienza a perder intensidad; la autosuficiencia comienza a diluirse; la necesidad de control comienza a debilitarse, porque vivir conscientes de Dios transforma la experiencia misma de la existencia.

Aquí resulta necesario disipar una confusi3n frecuente: vivir en comuni3n permanente no equivale a vivir en mística

artificial. No implica adoptar un lenguaje espiritual constante, ni sostener gestos religiosos visibles, ni habitar un estado emocional elevado continuo. La comunión real no produce teatralidad espiritual; produce estabilidad interior.

Jesús caminó en perfecta comunión con el Padre, y sin embargo, su vida no estuvo marcada por una mística externa exagerada. Caminaba, hablaba, comía, descansaba, interactuaba con personas, transitaba la vida humana normal. La comunión con el Padre no lo separaba de la realidad; lo integraba a ella con una profundidad distinta.

Aquí se encuentra una de las expresiones más hermosas de la madurez espiritual: “vivir sin artificio religioso, pero en comunión real”.

El creyente comienza a descubrir que la presencia de Dios no exige escenografía espiritual. No depende de música, ni de atmósferas inducidas, ni de contextos devocionales específicos. La comunión se vuelve silenciosa, estable, profundamente integrada a la vida cotidiana.

Pensar delante de Dios comienza a transformarse en una experiencia profundamente formativa. No se trata simplemente de “recordar principios bíblicos”, sino de desarrollar una percepción interna en la que toda reflexión, toda evaluación, toda decisión, ocurre dentro de la consciencia de Su presencia.

Como hijos de Dios, comenzamos a experimentar algo extraordinariamente simple y extraordinariamente profundo, y es que: “nunca pensamos solos”.

Esta realidad altera la dinámica interna del alma. Las preocupaciones se procesan de manera distinta. Las decisiones adquieren otra densidad. Las tensiones se interpretan desde otra perspectiva. No porque desaparezcan automáticamente las dificultades, sino porque la consciencia de Dios transforma el modo en que son habitadas.

Isaías expresó esta dimensión con notable claridad: ***“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera” (Isaías 26:3)***. La paz no es presentada como resultado de circunstancias favorables, sino como fruto de una orientación interior del pensamiento. Perseverar en Dios no describe repetición verbal constante, sino una disposición relacional del corazón.

Aquí la oración comienza a impregnarse en la vida de maneras sorprendentemente naturales. En medio del trabajo, en el tránsito cotidiano, en conversaciones, en silencios, en decisiones aparentemente triviales, el creyente habita una comunión que no necesita formalizarse constantemente para ser real.

La vida entera comienza a convertirse en espacio de comunión. El mundo cotidiano deja de ser un territorio secular desconectado de Dios y comienza a revelarse como escenario continuo de comunión. La distinción entre

“momentos espirituales” y “momentos normales” comienza a diluirse, no porque toda la vida adopte una estética religiosa, sino porque toda la existencia comienza a ser habitada en consciencia de Él.

Aquí emerge una transformación silenciosa pero profundamente real: la fe deja de sentirse como una práctica intermitente y comienza a experimentarse como una condición permanente.

La oración deja de sentirse como una actividad que debe sostenerse y comienza a revelarse como una comunión que ya sostiene al creyente. Y desde esta comprensión, comienzan a adquirir sentido, y profunda coherencia, aquellos momentos particulares, deliberados, íntimos, donde el creyente se aparta no para producir comunión, sino para profundizar en ella. Lo que he determinado llamar: “oración profunda”.

La comunión permanente con Dios no es una idea poética ni una metáfora devocional; es una realidad espiritual objetiva nacida de la regeneración. Sin embargo, aunque verdadera en su dinámica, esta comunión requiere ser reconocida, habitada y, en cierto sentido, aprendida en la experiencia consciente del creyente. No porque deba producirse, sino porque debe ser percibida.

La vida del Espíritu no irrumpe violentamente en la estructura psicológica del hombre; se revela progresivamente

en la medida en que el creyente madura en sensibilidad espiritual.

Existe una diferencia profunda entre poseer una realidad espiritual y vivir conscientes de ella. El creyente regenerado vive unido a Cristo independientemente de su percepción emocional, pero la consciencia de esta unión transforma radicalmente la experiencia de la vida. Aquí comienza a emerger una dimensión extraordinariamente rica y, paradójicamente, poco enseñada: “la educación de la atención espiritual”.

El mundo contemporáneo compite ferozmente por la atención humana. Estímulos constantes, información incesante, ruido visual, ruido mental, ruido emocional. La mente moderna raramente descansa. Salta, responde, procesa, anticipa, recuerda, compara. En este contexto, la consciencia de la presencia de Dios no suele perderse por ausencia divina, sino por saturación cognitiva.

Dios no se retira, la mente se dispersa. Esta afirmación posee implicaciones espirituales profundas. Muchos creyentes interpretan su sensación de distancia de Dios como una fluctuación relacional, cuando en realidad muchas veces se trata de una fluctuación atencional. La presencia permanece; la percepción oscila. El Espíritu habita; la consciencia se distrae.

La Escritura, con notable claridad, vincula la estabilidad interior del creyente con la orientación de la

mente: *“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6)*. Pablo no describe aquí una simple dicotomía moral, sino una dinámica de orientación interna. Ocuparse del Espíritu no implica actividad religiosa constante, sino una disposición profunda del pensamiento y la comunión verdadera.

La mente humana jamás permanece vacía; siempre está ocupada. Siempre orientada hacia algo. Pensamientos, preocupaciones, interpretaciones, narrativas internas. La comunión consciente con Dios implica, en gran medida, aprender a reorientar suavemente la atención hacia la realidad de Su presencia.

No mediante tensión; no mediante esfuerzo ansioso, sino mediante madurez relacional. Aquí es necesario disipar definitivamente esta confusión reiterando qué: vivir conscientes de Dios no equivale a pensar explícitamente en Dios de manera constante. No se trata de una repetición mental agotadora ni de una introspección espiritual forzada. La consciencia relacional opera de manera semejante a otras formas de consciencia humana profunda.

Un hijo no piensa verbalmente en su padre cada segundo del día, y sin embargo vive dentro de la realidad de esa relación. Un ser amado no ocupa discursivamente toda la mente, pero su presencia relacional impregna silenciosamente la experiencia interna. Así también ocurre en la comunión con Dios.

La consciencia espiritual madura se vuelve silenciosa, estable, no intrusiva, profundamente integrada. El creyente comienza a descubrir que la presencia de Dios no exige esfuerzo cognitivo constante. No requiere afirmaciones internas repetitivas ni ejercicios mentales rígidos. Se trata, más bien, de una orientación suave, de una sensibilidad cultivada, de una percepción que se vuelve progresivamente natural.

“Puestos los ojos en Jesús...”

Hebreos 12:2

Esta expresión no describe fijación mental tensa, sino dirección existencial. Aquí emerge una dimensión extraordinariamente práctica de la vida espiritual: pensar delante de Dios. Esta experiencia, aunque sencilla en su formulación, posee una profundidad transformadora. No se trata simplemente de recordar principios bíblicos antes de decidir, sino de habitar el pensamiento dentro de la consciencia relacional.

Los hijos de Dios comenzamos a experimentar algo profundamente real: nuestros pensamientos ocurren en Su presencia. Nuestras preocupaciones ocurren en Su presencia. Nuestras luchas internas ocurren en Su presencia. Nuestras decisiones ocurren en Su presencia. Nada acontece fuera de Dios.

David expresó esta realidad con una lucidez conmovedora: ***“Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí***

pusiste tu mano... ¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Salmo 139:5,7). Esta no es una declaración teológica abstracta, sino una descripción existencial. La omnipresencia divina no es un atributo distante; es una realidad relacional inmediata.

Cuando esta verdad comienza a asentarse profundamente en nuestra consciencia, la dinámica interna del alma se transforma. Las preocupaciones dejan de girar en círculos cerrados dentro de nuestro “yo” y comienzan a abrirse dentro de la consciencia de Dios. El diálogo interno, muchas veces cargado de ansiedad, comienza a suavizarse.

Porque ya no pensamos aislado dentro de nosotros mismos. Pensamos en la compañía del Señor. Aquí la oración comienza a impregnar silenciosamente la vida mental. No como acto formalizado, sino como comunión espontánea. Pensamientos que se vuelven conversación interior. Reflexiones que se transforman en exposición delante de Dios. Inquietudes que dejan de ser monólogos ansiosos para convertirse en permanencia consciente.

Pablo describe esta dimensión con extraordinaria simplicidad: *“Sea vuestra palabra siempre con gracia... vuestra gentileza sea conocida... por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios” (Filipenses 4:5 y 6).* Obsérvese la naturalidad del lenguaje apostólico. No se presenta la oración como una actividad extraordinaria, sino como una dimensión integrada a la vida.

La mente comienza a descubrir descanso. No porque cesen las responsabilidades, sino porque cesa la ilusión de autosuficiencia. Aquí emerge una transformación silenciosa pero profundamente real: la fe deja de sentirse como un esfuerzo espiritual intermitente y comienza a experimentarse como una condición existencial continua. El creyente no necesita “activar” confianza; aprende a habitarla. No necesita “generar” dependencia; comienza a vivir en ella.

Jesús expresó esta dimensión con una claridad que desafía profundamente nuestras categorías religiosas: ***“Yo no puedo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30)***. Esta afirmación, lejos de describir limitación, revela la naturaleza de la perfecta comunión. Cristo no vivía desde independencia funcional ocasionalmente suspendida en momentos de oración; vivía en dependencia continua.

Aquí encontramos el modelo supremo de orar en todo tiempo. No una actividad constante, sino una consciencia constante. No un discurso ininterrumpido, sino una comunión ininterrumpida.

La vida de Jesús revela algo extraordinariamente profundo: la comunión con el Padre no era un evento dentro de Su jornada; era la atmósfera de Su existencia. Sus palabras, decisiones, movimientos, respuestas, todo emergía desde esa unión viva. La oración no interrumpía Su vida; impregnaba Su vida. Y, sin embargo, y aquí surge una revelación decisiva para la comprensión de la oración

profunda, aquel que vivía en comunión permanente también se apartaba en soledad.

“Aconteció en aquellos días, que fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios.”

Lucas 6:12

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba.”

Marcos 1:35

Estas hermosas escenas, encierran una profundidad extraordinaria. Jesús no se apartaba para producir comunión, sino para profundizar en ella. No buscaba generar presencia, sino habitar con mayor intensidad consciente la presencia que jamás lo abandonaba.

Aquí comenzamos a comprender una verdad decisiva: La oración profunda no compite con la comunión permanente, es su prolongación natural. No es compensación de desconexión, es intensificación de consciencia. No es mecanismo de acceso, es rendición deliberada.

El creyente que aprende a vivir en comunión continua comienza a experimentar los tiempos de oración profunda no como una obligación devocional, sino como una necesidad relacional. No como disciplina impuesta, sino como inclinación del corazón. No como esfuerzo espiritual, sino como descanso buscado.

La vida entera comienza a gravitar hacia el secreto, hacia la quietud, hacia la presencia no interrumpida por el ruido del mundo. Y desde esta comprensión, emerge naturalmente la contemplación de Cristo como modelo perfecto de la vida secreta con el Padre.

Jesús y su comunión silenciosa; Jesús y sus retiros; Jesús y el misterio del secreto.



Capítulo tres

Jesús y Su vida Secreta con el Padre

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo.”

Lucas 10:22

Hablar de la oración sin mirar detenidamente la vida de Jesús siempre produce una comprensión incompleta. No porque Cristo haya venido meramente a enseñar doctrinas, sino porque vino a revelar a los hombres, una forma de existencia delante del Padre.

En Él no solo encontramos enseñanzas sobre la oración; encontramos la oración encarnada. Su vida entera constituye la manifestación visible de una comunión invisible, la expresión histórica de una unión eterna, el testimonio viviente de lo que significa habitar continuamente en plena comunión con Dios.

Jesús no apareció en la historia como un maestro espiritual que ocasionalmente oraba, sino como el Hijo que vivía en comunión permanente. La oración, en Su experiencia, jamás fue un acto aislado dentro de la jornada, ni una práctica disciplinaria destinada a sostener cercanía, ni una técnica espiritual para obtener dirección. Fue, más bien, la expresión natural de Su relación con el Padre.

“Yo y el Padre uno somos”

Juan 10:30

Esta declaración, de una densidad teológica extraordinaria, no solo describe una verdad del ser, sino la base existencial de toda la vida de Cristo. Jesús no necesitaba transitar entre cercanía y distancia, entre conexión y desconexión. Vivía en unidad. Su oración no era un puente hacia la presencia; emergía desde la presencia.

Aquí comienza a revelarse una diferencia decisiva entre la oración entendida como práctica religiosa y la oración vivida como condición relacional. En la experiencia humana común, la oración suele concebirse como un movimiento del hombre hacia Dios. En Cristo, la oración se manifiesta como la expresión de una comunión ya establecida. No se trata de alcanzar cercanía, sino de habitarla.

Jesús mismo revela esta dinámica con una claridad que, si se contempla cuidadosamente, transforma toda la comprensión espiritual: ***“El Hijo no puede hacer nada por***

sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19). Esta afirmación no describe limitación funcional, sino dependencia perfecta. Cristo no operaba desde iniciativa autónoma ocasionalmente consultada mediante oración; Su existencia entera emergía desde la contemplación continua del Padre.

Aquí encontramos una de las revelaciones más profundas sobre la naturaleza de la oración: “Jesús oraba porque vivía en comunión, no vivía en comunión porque oraba”.

La comunión precede a la oración como acto formalizado. La oración visible es fruto de una comunión invisible. El discurso emerge de la unión. Las palabras nacen de la cercanía. Esta inversión resulta decisiva para comprender no solo la vida de Cristo, sino la esencia misma de la oración profunda.

Al observar los Evangelios, emerge una realidad fascinante: Jesús no parece obsesionado con la enseñanza técnica de la oración. No ofrece extensos tratados metodológicos ni desarrolla sistemas estructurados de práctica devocional. Enseña, sí, pero de manera sorprendentemente sencilla. Sin embargo, lo verdaderamente revelador no se encuentra únicamente en Sus palabras, sino en Su forma de vivir.

Cristo no se presenta como alguien que “practica momentos espirituales”; se presenta como alguien que habita

continuamente delante del Padre. Cada palabra pronunciada; cada decisión tomada; cada respuesta ofrecida; cada silencio guardado. Todo emerge desde una unión viva.

“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras.”

Juan 14:10

Esta declaración revela algo extraordinariamente profundo. La vida de Jesús no se desarrolla como una sucesión de acciones humanas asistidas por intervención divina ocasional. Es la manifestación histórica de una dependencia continua. Cristo no opera desde autosuficiencia funcional interrumpida por instantes de oración; vive en rendición permanente.

Aquí encontramos el fundamento más puro de lo que significa orar en todo tiempo. Pero junto a esta comunión continua emerge la otra dimensión igualmente reveladora, que mencioné en el capítulo anterior, pero ahora deseo destacar nuevamente: “Jesús se apartaba”.

“Se retiraba a lugares desiertos, y oraba”

Lucas 5:16

Estas escenas, repetidas a lo largo de los Evangelios, no deben ser leídas superficialmente como simples hábitos devocionales. Encierran un misterio profundo que ilumina la naturaleza misma de la oración profunda. Aquel que vivía en

perfecta comunión con el Padre también buscaba deliberadamente el secreto.

La gran pregunta sería: ¿Por qué se apartaba quien jamás estuvo separado? ¿Por qué buscaba soledad quien jamás perdió la presencia? ¿Por qué silencio quien vivía en unidad?

La respuesta no reside en necesidad de restaurar comunión, sino en el misterio de profundizarla. Jesús no se apartaba para reconectar, sino para habitar con mayor intensidad consciente aquello que constituía la atmósfera permanente de Su existencia.

Aquí surge una verdad de extraordinaria belleza espiritual: “El secreto no es compensación de distancia, es intensificación de cercanía”. “El retiro no es mecanismo de acceso, es rendición deliberada”. “La soledad no es aislamiento, es espacio de comunión sin interferencias...”

En el ruido del mundo, incluso en medio de una comunión real, la atención humana se dispersa. La vida cotidiana, las multitudes, las demandas, el contacto constante con la fragilidad humana. Todo ello, aunque no rompe la unión, genera inevitablemente una dinámica de dispersión atencional. El retiro de Jesús revela la sabiduría de la concentración relacional.

Cristo buscaba espacios donde nada interrumpiera la comunión consciente. Donde el corazón humano descansara

sin estímulos externos. Donde el silencio permitiera que la presencia ocupara todo el campo de la experiencia. Aquí el secreto comienza a revelarse no como mérito espiritual, sino como necesidad de vida. Jesús no se apartaba para demostrar disciplina, ni para cumplir exigencias devocionales, ni para alcanzar niveles superiores de espiritualidad. Se apartaba porque “la comunión ama el silencio”.

Él se apartaba porque la cercanía ama la quietud, porque el amor ama el encuentro sin espectadores. Existe una dimensión profundamente íntima en la relación entre el Hijo y el Padre que jamás fue diseñada para la exhibición pública. ***“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto” (Mateo 6:6).*** Estas palabras del Señor no describen simplemente una instrucción práctica, sino una revelación espiritual.

El secreto no es un lugar físico, es una dimensión relacional. Es el espacio donde cesa la mirada humana, donde desaparece la necesidad de validación. Donde el alma comparece desnuda.

Jesús, cuya vida pública estuvo marcada por multitudes, milagros, confrontaciones, enseñanza constante, guardaba celosamente esta dimensión invisible. Aquí emerge una de las lecciones más profundas y más olvidadas de la vida espiritual: lo más decisivo ocurre cuando nadie ve.

La comunión más profunda no necesita testigos. La oración más transformadora no requiere audiencia. La

relación más real no demanda escenografía. Cristo no vivía para sostener una imagen espiritual; vivía para habitar al Padre. Esta diferencia resulta radical. En muchas expresiones religiosas, incluso sinceras, la espiritualidad fácilmente puede deslizarse hacia formas visibles, hacia manifestaciones externas, hacia prácticas que, aunque legítimas en ciertos contextos, pueden oscurecer la centralidad del secreto.

Jesús revela algo profundamente contracultural: la vida espiritual más intensa suele ser la más invisible. Esto nos permite una comprensión más profunda del misterio que contiene la oración continua y los tiempos en el secreto. No se trata simplemente de apartar tiempo, sino de entrar en una dimensión donde la identidad deja de estar sostenida por la mirada ajena. En el secreto, el yo no puede apoyarse en reconocimiento, ni en validación, ni en percepción externa.

Solo permanece Dios y el alma. Esta desnudez relacional posee un poder transformador extraordinario. En la vida pública, incluso en la actividad ministerial, el ser humano inevitablemente interactúa con expectativas, roles, responsabilidades, percepciones ajenas. Pero en el secreto, toda estructura externa se diluye.

Aquí el alma comparece sin máscara, sin lenguaje aprendido, sin postura espiritual construida, sin necesidad de producir nada. Solo presencia.

En esta dimensión comienza a manifestarse algo profundamente real: la presencia de Dios deja de ser un

concepto teológico para convertirse en experiencia existencial, no necesariamente emocional, no necesariamente sensorial, sino profundamente real. Aquí comienza verdaderamente la oración profunda.

El secreto constituye uno de los espacios más misteriosos y, al mismo tiempo, más decisivos de toda la vida espiritual. No porque allí acontezcan necesariamente experiencias extraordinarias en términos perceptibles, sino porque allí se produce algo mucho más profundo: la reconfiguración silenciosa del corazón humano bajo la influencia de la presencia de Dios.

En la superficie de la vida religiosa, el hombre actúa; en el secreto, el hombre comparece. Esta diferencia, aunque aparentemente sutil, define dos dinámicas espirituales radicalmente distintas.

Al contemplar la vida de Jesús, emerge un patrón revelador que no puede ser ignorado sin empobrecer gravemente la comprensión de la oración. Cristo se apartaba especialmente en momentos que precedían decisiones de extraordinaria importancia. Antes de escoger a los doce, pasó la noche en oración (**Lucas 6:12 y 13**). Antes de enfrentar la cruz, se retiró a Getsemaní (**Mateo 26:36**). Antes de ciertos movimientos decisivos en Su ministerio, buscaba deliberadamente la soledad.

Esta observación requiere atención cuidadosa. Jesús no se apartaba para obtener información, no buscaba

instrucciones que ignoraba, no intentaba descubrir una voluntad oculta. Vivía en perfecta comunión con el Padre; Sin embargo, se retiraba. La pregunta sería: ¿Por qué?

Porque la voluntad de Dios no es simplemente un dato que debe conocerse, sino una realidad que debe ser habitada interiormente. Existe una diferencia profunda entre comprender intelectualmente una dirección divina y ser interiormente conformado a ella. El secreto no funciona primariamente como espacio de recepción informativa, sino como altar de alineación.

Aquí tocamos una dimensión extraordinariamente profunda de la vida espiritual: “La oración profunda no solo comunica decisiones; forma al que debe obedecerlas”.

El ser humano, aun regenerado, porta estructuras internas complejas. Deseos, temores, razonamientos, inclinaciones, resistencias silenciosas, narrativas internas profundamente arraigadas. La voluntad divina, cuando comienza a tocar la realidad concreta de la vida, inevitablemente confronta estas estructuras.

No siempre mediante conflicto visible, muchas veces mediante influencia silenciosa. El secreto crea precisamente el entorno donde esta influencia puede operar sin interferencias. Allí donde cesan las voces externas, donde se suspenden las demandas del mundo, donde se debilita la presión de la mirada humana, el corazón humano comienza a

experimentar algo extraordinariamente delicado y extraordinariamente poderoso: la inclinación interior.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Hebreos 13:20 y 21

Esta afirmación del autor de los hebreos, encierra una profundidad que rara vez es plenamente considerada. Dios no solo dirige acciones; produce el querer. No simplemente ordena; inclina. No meramente instruye; transforma disposiciones internas. Y esta obra, silenciosa pero decisiva, encuentra en la oración profunda uno de sus espacios más privilegiados.

Aquí se revela uno de los misterios más hermosos del secreto: “En la quietud, la voluntad de Dios deja de sentirse como imposición externa y comienza a experimentarse como convicción interior”.

En el secreto, los hijos de Dios comenzamos a “saber” más que a “escuchar”. A percibir alineación más que instrucciones explícitas. A experimentar certeza más que información.

Esta experiencia, difícil de describir en categorías puramente racionales, constituye una de las realidades más profundas de la comunión espiritual. No se trata de voces audibles, ni de fenómenos extraordinarios, ni de manifestaciones sensoriales dramáticas. Se trata de algo mucho más silencioso y mucho más real: el corazón es suavemente ajustado.

Jesús mismo expresó esta dinámica con una claridad que ilumina profundamente el misterio del secreto: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*** (Lucas 22:42). Esta declaración no describe ignorancia respecto al propósito del Padre, sino la expresión suprema de alineación interior. Cristo no descubre la cruz en Getsemaní; la habita interiormente.

Aquí el secreto revela su naturaleza más profunda: No es espacio de negociación, es altar de rendición. No es territorio de debate, es ámbito de alineación. No es lugar de resistencia argumentativa, es espacio de muerte silenciosa del yo.

Porque la voluntad de Dios, cuando toca verdaderamente al hombre, no solo dirige su camino; transforma su interior. Y esta transformación raramente ocurre en medio del ruido, de la prisa, de la actividad constante. Requiere quietud. Requiere silencio. Requiere exposición prolongada.

Aquí surge otra verdad profundamente significativa: “El secreto no es simplemente ausencia de personas; es suspensión de interferencias”.

El alma humana vive habitualmente sometida a múltiples influencias. Opiniones, expectativas, presiones culturales, demandas relacionales, narrativas sociales, incluso interpretaciones religiosas heredadas. Muchas de estas influencias operan de manera tan constante que resultan invisibles a la percepción consciente.

El secreto produce algo extraordinario: “despeja el espacio interior”. Gradualmente, al cesar el ruido externo, comienzan a emerger capas más profundas de la vida interna. Pensamientos latentes, inquietudes no procesadas, temores silenciosos, resistencias invisibles. Aquello que la actividad cotidiana mantenía parcialmente contenido comienza a manifestarse.

Y precisamente allí comienza la obra más profunda, porque la oración profunda no distrae al alma; la expone. No anestesia el ruido interno; lo revela. No protege al yo; lo coloca bajo la luz divina.

El salmista expresó esta experiencia con notable precisión espiritual: ***“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos”*** (Salmo 139:23). Obsérvese la radicalidad de esta disposición. No se trata de presentar argumentos, ni de formular peticiones, ni

de sostener discurso, sino de comparecer bajo la mirada divina. Ser conocido, ser examinado, ser expuesto.

Aquí emerge una dimensión que explica por qué el secreto puede resultar, en ciertos momentos, incómodo para el ego humano. En la vida pública, incluso dentro de la actividad espiritual, el “yo” conserva múltiples mecanismos de autopreservación. Roles, funciones, lenguaje aprendido, estructuras de interacción. Pero en el secreto, estas mediaciones se diluyen.

El alma comparece sin refugios, sin escenografía, sin construcción discursiva; solo presencia, solo exposición, solo Dios. Y en esta exposición comienza a manifestarse algo profundamente transformador. Las defensas internas comienzan a debilitarse. La autojustificación pierde fuerza. Las narrativas internas rígidas comienzan a suavizarse. No necesariamente mediante experiencias dramáticas, sino mediante una influencia silenciosa, persistente, profundamente real.

La presencia de Dios no siempre opera como evento; muchas veces opera como atmósfera transformadora. Aquí los hijos de Dios debemos comprender algo extraordinariamente profundo: La oración más decisiva no siempre es la que más se expresa, sino la que más permite ser transformado. No la que más palabras contiene, sino la que más exposición produce. No la que más actividad genera, sino la que más rendición opera.

Jesús, cuyo ministerio público estuvo marcado por palabras de extraordinaria autoridad, milagros visibles, confrontaciones intensas, revela en el secreto otra dimensión de Su relación con el Padre: el silencio. No el silencio vacío, sino el silencio habitado. No la quietud pasiva, sino la quietud relacional. No la ausencia de actividad, sino la presencia sin interferencias.

Aquí comenzamos a comprender que el secreto no es simplemente un contexto de la oración profunda; es su atmósfera natural. Porque la oración profunda requiere algo que el ruido del mundo rara vez concede: espacio interior, espacio para permanecer, espacio para callar, espacio para ser inclinado, espacio para morir, y desde esta comprensión emerge naturalmente la invitación radical de Jesús: “Entrar... Cerrar la puerta... Callar...”



Capítulo cuatro

Entrar, cerrar la puerta Y callar

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto.”

Mateo 6:6

Existe una invitación de Jesús que, aunque frecuentemente citada, raramente es contemplada en toda su profundidad espiritual, la de entrar al secreto, cerrar la puerta y orar al Padre. Estas palabras, pronunciadas en medio del Sermón del Monte, no constituyen simplemente una instrucción práctica ni un consejo devocional entre otros, sino una revelación radical acerca de la naturaleza misma de la comunión con Dios.

Cristo no comienza hablando de métodos, ni de duraciones, ni de posturas, ni de fórmulas verbales. Comienza hablando de entrar, lo cual implica desplazamiento, movimiento deliberado, decisión

consciente. No se trata meramente de un cambio geográfico, sino de una transición existencial.

Entrar describe el acto de retirarse del ruido, de suspender la dispersión, de abandonar, aunque sea momentáneamente, la dinámica fragmentada de la vida cotidiana. En la experiencia humana, la atención raramente permanece unificada. El mundo exterior reclama constantemente presencia mental, emocional, cognitiva. Pensamientos, estímulos, responsabilidades, interrupciones. Entrar, entonces, constituye el primer gesto de la oración profunda: la reorientación deliberada del ser.

Pero Jesús no se detiene allí. Añade una expresión igualmente decisiva: “cerrar la puerta”. Cerrar no es simplemente aislarse físicamente; es interrumpir influencias. Es delimitar el espacio donde cesa la mirada humana, donde se suspenden las expectativas externas, donde desaparece la necesidad de representación. Mientras la puerta permanece abierta, algo del yo continúa inevitablemente expuesto a la posibilidad de interrupción, de observación, de interacción y claramente Dios desea que lo evitemos.

Cerrar la puerta es un acto profundamente simbólico. Es declarar que, por un momento, nada del mundo exterior posee derecho sobre ese espacio. Que ninguna voz compita con el susurro del Espíritu Santo, que ninguna expectativa intervenga, que ninguna mirada condicione.

Aquí comenzamos a comprender una verdad extraordinariamente profunda: “la oración profunda requiere clausura”. No como rechazo del mundo, sino como protección del encuentro. Porque la comunión más íntima no tolera interferencias constantes.

El alma humana, sometida habitualmente a múltiples influencias, raramente experimenta la quietud suficiente para percibir con claridad la delicada operación de la presencia divina. El cierre no crea la presencia; despeja el espacio donde la presencia puede ser habitada conscientemente.

Y sin embargo, aún falta la dimensión más desafiante de esta invitación de Jesús: “Callar”. Aunque el Señor no lo formula explícitamente en esta frase, todo el movimiento descrito conduce inevitablemente hacia el silencio. Entrar, cerrar, retirarse, delimitar, todo ello apunta hacia una disposición interior donde cesa la compulsión de producir discurso.

Aquí tocamos uno de los umbrales más decisivos de la oración profunda, porque el ser humano posee una inclinación casi irresistible hacia la actividad, incluso en la oración.

Hablar, formular, estructurar, expresar, verbalizar. La mente humana se siente incómoda frente al silencio prolongado. Busca contenido, movimiento, producción. El creyente, formado muchas veces en una comprensión de la oración centrada en palabras, puede experimentar

inicialmente cierta inquietud al enfrentarse con la ausencia de discurso.

Pero precisamente allí comienza la transición más profunda, mientras hablamos, dirigimos; mientras formulamos, organizamos; mientras explicamos, sostenemos control, pero cuando callamos delante de Dios, algo radicalmente distinto comienza a suceder. El yo pierde protagonismo, la actividad se suspende, la presencia comienza a ocupar el centro de la experiencia.

Aquí es necesario introducir una distinción decisiva. El silencio espiritual no es ausencia de comunicación; es transformación de la comunicación; no es vacío, es apertura; no es inactividad, es rendición; no es desconexión, es exposición.

La Escritura, de múltiples maneras, revela el valor extraordinario de esta quietud. ***“Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová” (Lamentaciones 3:26).*** ***“En quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15).*** Estas afirmaciones no exaltan pasividad psicológica, sino una disposición espiritual donde cesa la ansiedad del esfuerzo humano.

Porque el ruido no siempre es externo, muchas veces es interno. Pensamientos que se suceden sin cesar, interpretaciones que giran, preocupaciones que insisten, narrativas mentales que se repiten.

Los hijos de Dios que entramos en el secreto descubrimos rápidamente que el mayor desafío no es la ausencia de sonidos exteriores, sino la agitación interior. Al cesar las palabras, emerge el movimiento interno. Aquello que la actividad cotidiana mantenía parcialmente contenido comienza a manifestarse con claridad.

Y aquí resulta crucial comprender algo fundamental: “La oración profunda no exige eliminar inmediatamente el ruido interno; permite que sea revelado”.

No se trata de forzar silencio mental, sino de permanecer en presencia aun cuando la mente fluctúe. La quietud espiritual no es un logro técnico; es una madurez relacional. El alma aprende progresivamente a descansar, no mediante violencia contra sus propios pensamientos, sino mediante exposición sostenida a la presencia de Dios.

“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”

Salmo 46:10

“Conocer” aquí no describe adquisición de información, sino experiencia transformadora. Existe un conocimiento de Dios que no se transmite mediante palabras, sino mediante permanencia. No mediante análisis, sino mediante cercanía; no mediante discurso, sino mediante exposición.

Aquí se revela otro de los misterios más profundos de la oración profunda: “La presencia de Dios posee una capacidad transformadora que opera más allá del lenguaje”.

Los hijos de Dios descubrimos gradualmente que no toda comunión requiere formulación verbal. Que no toda relación exige discurso continuo. Que existe una forma de estar delante de Dios donde las palabras comienzan a perder centralidad. No porque carezcan de valor, sino porque la presencia se vuelve suficiente.

Esta experiencia no debe confundirse con misticismo abstracto ni con estados emocionales inducidos. Se trata de algo extraordinariamente simple y extraordinariamente profundo: el alma permanece delante de Dios sin necesidad de producir constantemente contenido.

Aquí emerge una transformación silenciosa pero decisiva. La oración deja de sentirse como algo que el creyente hace y comienza a experimentarse como algo que el creyente habita. No actividad, sino presencia; no producción, sino exposición; no discurso, sino comunión. Y en esta transición comienza a manifestarse algo profundamente real: “Las palabras comienzan a purificarse”.

Cuando el silencio se vuelve natural, el creyente ya no habla por compulsión religiosa ni por ansiedad espiritual. Habla cuando es necesario. Cuando emerge verdad. Cuando surge sinceridad. Las palabras dejan de ser relleno devocional para convertirse en expresión genuina.

Aquí se cumple silenciosamente aquello que Pablo señala: ***“No sabemos pedir como conviene”*** (**Romanos 8:26**). Esta afirmación no describe incapacidad absoluta, sino una realidad profundamente humana. El lenguaje humano posee límites. La comprensión humana es parcial. Pero en el silencio, el Espíritu opera más allá de la formulación verbal.

“Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.”

Romanos 8:26

Aquí el creyente comienza a descansar en una verdad extraordinariamente liberadora. No toda oración depende de palabras, no toda comunión requiere discurso, no toda cercanía necesita expresión verbal constante. A veces, la forma más profunda de oración es simplemente permanecer, y en esta permanencia comienza a revelarse algo extraordinariamente delicado.

La presencia comienza a transformar sin necesidad de diálogo explícito. El corazón se inclina, las tensiones se disuelven, las resistencias se debilitan, la voluntad se suaviza, no mediante argumentos, sino mediante cercanía.

Aquí comienza verdaderamente el aprendizaje más difícil y más transformador de la oración profunda: ***“Aprender a no decir nada”***.

Aprender a callar delante de Dios constituye, para muchos creyentes, uno de los procesos más difíciles de toda la vida espiritual. No porque el silencio sea complejo en términos técnicos, sino porque confronta directamente una de las inclinaciones más profundas del yo humano que anteriormente mencioné: “La necesidad de actividad”.

El ser humano, incluso dentro de su vida religiosa, tiende a asociar valor con movimiento, significado con producción, eficacia con acción visible. Hablar, formular, expresar, declarar, todo ello genera la sensación de estar haciendo algo. El silencio, en cambio, parece, al menos inicialmente, despojar al creyente de esta percepción de productividad espiritual.

Aquí surge una tensión profundamente humana: “El silencio no incomoda al Espíritu, incomoda al ego”. Mientras el creyente habla, conserva una forma sutil de control. Decide qué decir, cómo decirlo, qué enfatizar, qué evitar. Incluso en la oración más sincera, la actividad verbal mantiene al yo en una posición de iniciativa. Pero cuando cesan las palabras, cuando el discurso se suspende, cuando la mente deja de producir contenido deliberadamente, algo profundamente desestabilizador comienza a manifestarse: “El yo ya no dirige la experiencia”. Y esta pérdida de protagonismo puede generar inquietud interior.

Muchos creyentes, al comenzar a transitar hacia la oración silenciosa, experimentan una forma peculiar de ansiedad espiritual. No se trata necesariamente de distracción

mental ni de resistencia consciente, sino de una sensación indefinible de incomodidad. El silencio parece demasiado vacío, demasiado quieto, demasiado carente de estructura. Surge la necesidad casi compulsiva de decir algo, de llenar el espacio, de reactivar la actividad verbal.

Esta reacción no debe interpretarse como fracaso espiritual, sino como revelación antropológica. El silencio expone la estructura interna del yo religioso. Porque durante años, muchos creyentes han sido formados, generalmente sin mala intención, en una comprensión de la oración profundamente asociada a la expresión verbal. Orar era decir. Orar era formular. Orar era sostener diálogo explícito. Así, la ausencia de palabras comienza a sentirse como ausencia de oración.

Pero aquí resulta necesario introducir una verdad espiritual decisiva: “El silencio no es la ausencia de oración, muchas veces es su forma más pura y sincera”.

La Escritura revela repetidamente esta dimensión, aunque rara vez con el énfasis que merece dentro de la experiencia contemporánea. ***“A Jehová he puesto siempre delante de mí” (Salmo 16:8)***. Esta declaración no describe actividad verbal constante, sino consciencia relacional permanente. La presencia de Dios no requiere discurso continuo para ser real; existe una forma de comunión que habita más allá del lenguaje.

Aquí comenzamos a comprender que el silencio no elimina la comunicación; transforma su naturaleza. La relación deja de estar sostenida por intercambio verbal explícito y comienza a habitar una dimensión más profunda: la presencia compartida. Esta experiencia, extraordinariamente familiar en ciertas relaciones humanas profundas, resulta paradójicamente difícil de aceptar en la relación con Dios.

Dos personas que se aman pueden permanecer juntas en silencio sin experimentar vacío relacional. La ausencia de palabras no implica ausencia de comunión. El silencio, en ciertos contextos, constituye precisamente la expresión más profunda de cercanía. ¿Por qué, entonces, el creyente teme callar delante de Dios? Porque el silencio despoja al yo de mecanismos de autopreservación.

Mientras hablamos, podemos ocultar. Mientras explicamos, podemos estructurar. Mientras formulamos, podemos dirigir; pero cuando callamos, quedamos abiertos, expuestos, sin mediaciones discursivas.

Aquí emerge otra dimensión profundamente reveladora: “El silencio no solo suspende palabras; suspende defensas”.

La mente humana, habituada a construir narrativas internas, utiliza frecuentemente el lenguaje como mecanismo de regulación. Explicar, justificar, interpretar, racionalizar. La actividad verbal, incluso interior, mantiene al yo dentro

de estructuras relativamente previsibles. Pero en el silencio prolongado, estas estructuras comienzan a debilitarse, y precisamente allí comienza la obra más profunda.

Es decir, la oración profunda no consiste simplemente en hablar con Dios, sino en ser transformados por Su presencia. La actividad verbal puede coexistir con múltiples mecanismos de autopreservación. El silencio, en cambio, expone al alma sin refugios discursivos.

“Calla delante de Jehová, y espera en él”
Salmo 37:7

Esta exhortación no describe pasividad resignada, sino una disposición espiritual de extraordinaria profundidad. Como mencioné anteriormente, callar delante de Dios implica rendir la compulsión de controlar la experiencia. Esperar en Él implica confiar en la operación silenciosa de Su presencia. El silencio espiritual no es inactividad; es disponibilidad. El creyente no cesa porque nada suceda, sino que cesa para permitir que algo suceda.

La presencia de Dios no necesita ser estimulada mediante palabras. No requiere activación verbal para operar. Posee una capacidad transformadora intrínseca que se manifiesta en la medida en que el creyente aprende a permanecer. No producir, no dirigir, no controlar, solo habitar Su presencia. Y es que Su presencia comienza a volverse suficiente.

Gradualmente, a medida que el creyente madura en esta dimensión silenciosa, la necesidad compulsiva de producir palabras comienza a diluirse. No porque el lenguaje pierda valor, sino porque la comunión deja de depender de él. La cercanía ya no necesita ser constantemente afirmada mediante discurso. La presencia comienza a ser experimentada como realidad estable, como atmósfera interior, como descanso del alma.

Aquí surge una transformación silenciosa pero extraordinariamente profunda: “Dejamos de buscar sentir algo y comenzamos a descansar en saber que simplemente Él está”.

Esta transición resulta decisiva para la madurez espiritual. Mientras la comunión depende de estímulos emocionales o percepciones sensoriales, los hijos de Dios permanecemos vulnerables a fluctuaciones internas. Pero cuando la presencia se vuelve convicción profunda, la comunión espiritual adquiere una estabilidad extraordinaria.

“Porque por fe andamos, no por vista.”

2 Corintios 5:7

La fe madura no exige constante confirmación perceptible, sino que descansa en realidad espiritual objetiva. Aquí el silencio deja de sentirse como vacío y comienza a revelarse como plenitud. El creyente descubre algo profundamente real: no necesita llenar el espacio porque el espacio ya está lleno.

Lleno de presencia, lleno de realidad divina, lleno de comunión silenciosa, y en esta plenitud silenciosa comienza a manifestarse algo extraordinariamente delicado: Las palabras comienzan a sobrar. No porque carezcan de valor, sino porque la presencia ocupa el centro.

Es entonces, que solo hablamos cuando es necesario, cuando emerge verdad, cuando surge sinceridad. Pero ya no por ansiedad religiosa, ya no por temor al silencio, ya no por compulsión devocional.

Aquí comienza a revelarse con claridad la naturaleza de la oración profunda. Una oración donde las palabras no desaparecen, pero pierden centralidad; una oración donde el discurso no gobierna, sino que emerge; una oración donde la presencia no es buscada, sino habitada, y desde esta experiencia comienza a desplegarse naturalmente la siguiente dimensión: “Simplemente las palabras sobran”.



Capítulo cinco

Cuando las palabras Sobran

*“Temblad, y no pequéis; Meditad en vuestro corazón
estando en vuestra cama, y callad...”*

Salmo 4:4

Existe una forma de oración que el lenguaje humano difícilmente puede describir sin riesgo de ser malinterpretada. No porque se trate de algo extraño, ni esotérico, ni reservado a experiencias excepcionales, sino porque pertenece a una dimensión donde las categorías habituales de la actividad religiosa comienzan a resultar insuficientes. Es la oración en la que las palabras, sin desaparecer necesariamente, dejan de ocupar el centro. La oración donde el discurso ya no sostiene la comunión, porque la comunión ha comenzado a sostener el discurso.

Durante mucho tiempo, muchos creyentes hemos asociado la profundidad espiritual con la intensidad verbal. Oraciones extensas, expresiones abundantes, formulaciones

elaboradas, secuencias prolongadas. La mente religiosa, moldeada por años de práctica, fácilmente establece una relación implícita entre cantidad y sustancia, entre duración y profundidad, entre volumen verbal y cercanía divina. Sin embargo, la experiencia espiritual más madura comienza a revelar algo extraordinariamente distinto: la presencia de Dios no responde al peso de las palabras, sino a la verdad del corazón.

Jesús mismo señaló esta realidad con una claridad que, contemplada detenidamente, resulta profundamente confrontadora: ***“Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:8).*** Esta afirmación, lejos de desalentar la oración, libera al creyente de una ansiedad profundamente arraigada: la necesidad de informar a Dios.

Dios no necesita ser actualizado, no requiere reportes, no demanda explicaciones, no depende de la elocuencia humana para comprender la condición del alma.

Ante esto, debemos procurar una transformación silenciosa en la experiencia de la oración. Debemos descubrir progresivamente que muchas palabras nacen, no de la comunión, sino de la inquietud interior. No de la necesidad espiritual genuina, sino del temor al silencio. No de la verdad del corazón, sino de la sensación de que algo debe decirse para que la oración “cuenta”.

Sin advertirlo, la oración puede convertirse en una forma de ruido religioso. No necesariamente vacío, pero muchas veces innecesario. Resulta imprescindible introducir una distinción decisiva. La abundancia de palabras no es en sí misma superficial, pero puede ocultar superficialidad, porque las palabras poseen una capacidad extraordinaria: pueden llenar el espacio sin necesariamente revelar el corazón.

Es posible construir discursos espirituales impecables sin comparecer verdaderamente desnudos delante de Dios. Es posible sostener diálogos elaborados sin rendir las estructuras internas del yo. Sin embargo, en la oración profunda que propongo, algo cambia completamente: “Su esencia”.

Es entonces que comenzamos a experimentar una forma distinta de estar delante de Dios. Ya no comparecemos movidos por la necesidad de producir contenido verbal, sino por la necesidad de permanecer. Ya no nos sentimos compelidos a llenar el silencio, sino atraídos hacia él. Ya no percibimos la ausencia de palabras como vacío espiritual, sino como espacio donde la presencia comienza a volverse más nítida.

La presencia de Dios no compete con el silencio, se revela en él. El salmista expresó esta realidad con una profundidad extraordinaria: ***“En Dios solamente está acallada mi alma”*** (Salmo 62:1). Obsérvese cuidadosamente la estructura de esta afirmación. No describe

una actividad, sino un estado. El alma no se agita produciendo discurso; se aquieta en la presencia del Señor.

Aquí surge una de las transiciones más delicadas y más decisivas de toda la vida espiritual; la oración deja de ser principalmente algo que el creyente hace y comienza a ser algo que el creyente habita.

Esta inversión transforma radicalmente la dinámica interna. Mientras la oración es concebida como actividad, el creyente inevitablemente evalúa su desempeño. ¿He orado suficiente? ¿He dicho lo correcto? ¿He mantenido concentración? ¿He cumplido el tiempo esperado? Pero cuando la oración comienza a revelarse como comunión, estas categorías pierden centralidad.

La pregunta ya no es cuánto se hizo, sino cuánto se permaneció. Esto genera algo profundamente revelador: “Las palabras comienzan a purificarse”.

En la oración superficial, el creyente puede hablar por inercia religiosa, por hábito devocional, por necesidad de sostener actividad espiritual. Las palabras fluyen porque deben fluir. Pero en la oración profunda, el silencio comienza a operar como filtro purificador. Solo emerge aquello que verdaderamente necesita ser expresado.

Palabras más escasas, pero más verdaderas; más sobrias, pero más honestas; más simples, pero más reales. Entonces se cumple silenciosamente aquello que el Señor

declaró: **“Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no”** (Mateo 5:37). La comunión profunda tiende hacia la simplicidad. La retórica pierde atractivo. La elaboración innecesaria comienza a diluirse.

Cuando la presencia se vuelve suficiente, el lenguaje deja de ser refugio, y comienza a ser expresión. Aquí surge otra verdad profundamente significativa. La oración profunda no es una oración sin palabras, es una oración sin necesidad de palabras.

“Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.”

Eclesiastés 5:1 y 2

Esta distinción es esencial. No se trata de prohibir el lenguaje, ni de minimizar la expresión verbal, ni de sugerir que la oración silenciosa posee superioridad intrínseca. Se trata de algo mucho más profundo y mucho más orgánico: las palabras ya no son compulsión, sino consecuencia.

En la intimidad hablamos cuando surge verdad, de lo contrario callamos. Hablamos cuando emerge sinceridad, de lo contrario callamos. Hablamos cuando el corazón necesita

expresarse, pero ya no para llenar el espacio, ya no para sostener actividad, ya no para evitar el silencio.

Aquí comienza a manifestarse una forma de honestidad extraordinariamente pura. La honestidad desnuda ante el Padre. El alma comparece más allá del lenguaje aprendido, más allá de la retórica espiritual, más allá de la construcción verbal. Solo verdad interior, solo realidad del corazón, solo presencia.

David, a pesar de vivir un pacto limitado, expresó esta experiencia con una lucidez extraordinaria: ***“Tú amas la verdad en lo íntimo”*** (Salmo 51:6). Obsérvese cuidadosamente: en lo íntimo. La oración profunda no se desarrolla primariamente en el ámbito del discurso externo, sino en la desnudez interior.

Ante esto, ya no necesitamos explicar demasiado delante de Dios, porque alcanzamos la comprensión de que Dios no necesita ser convencido, no necesita ser persuadido, no necesita ser informado, porque Él lo sabe todo.

La oración comienza a simplificarse hasta adquirir una pureza extraordinaria. A veces palabras breves. A veces expresiones fragmentarias. A veces solo silencios cargados de significado. A veces simplemente el contacto espiritual con Su presencia.

En esta simplicidad comienza a revelarse uno de los misterios más hermosos de la oración profunda: “El Espíritu inclinando el corazón”. Porque la oración profunda no

consiste únicamente en lo que el creyente expresa, sino en lo que el creyente permite que Dios opere en su interior. La presencia divina, en esta dimensión, comienza a ejercer una influencia silenciosa pero profundamente real.

Deseos que se suavizan, resistencias que se debilitan, ansiedades que pierden intensidad, convicciones que emergen sin violencia. Entonces, comenzamos a comprender algo extraordinariamente profundo, que no toda dirección divina se recibe como información, que muchas veces se recibe como simple inclinación interior.

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.”

Romanos 8:14

Ser guiados no describe únicamente instrucciones explícitas, describe influencia interna, orientación silenciosa, ajuste progresivo del corazón. La oración profunda revela su naturaleza más íntima. No es simplemente diálogo; es exposición transformadora. No es solo comunicación; es alineación. No es meramente expresión; es rendición silenciosa, con lo cual aprendemos a escuchar y eso es clave para una vida de Reino.

Hablar solo cuando es necesario constituye una de las expresiones más refinadas de la madurez espiritual. No porque el silencio posea valor en sí mismo como una forma ascética de religiosidad, sino porque revela algo mucho más profundo: el corazón ha comenzado a descansar en la

suficiencia de la presencia de Dios. Mientras el alma permanece inquieta, las palabras tienden a multiplicarse.

Mientras el yo conserva la necesidad de sostener actividad, el discurso se vuelve casi inevitable. Pero cuando la presencia comienza a ser experimentada como realidad estable, algo silencioso pero decisivo ocurre: el lenguaje deja de ser compulsión.

Esta transición no se produce mediante disciplina forzada ni mediante técnicas de autocontrol verbal, sino como fruto natural de la comunión. No decidimos artificialmente hablar menos; simplemente descubrimos que ya no necesitamos hablar tanto. No reprimimos el discurso; la presencia lo vuelve sobrio. Esto no implica que silencie nuestra expresión, sino que la purifica.

La oración profunda no empobrece el lenguaje; lo redime, porque en la superficie religiosa, las palabras fácilmente pueden convertirse en sustituto de la realidad interior. Expresiones abundantes pueden coexistir con tensiones no rendidas, con resistencias invisibles, con inquietudes latentes. El discurso religioso, aun sincero, puede operar como una forma de movimiento que evita la quietud donde el corazón verdaderamente comparece.

En la oración profunda, el silencio comienza a ejercer una función extraordinariamente purificadora, porque solo emerge aquello que verdaderamente necesita ser expresado. Palabras más simples, pero más transparentes.

Yo les pido perdón si es que soy reiterativo, generalmente no lo hago, pero este libro pretende cambiar paradigmas y una de las bases fundamentales de la enseñanza es la repetición. En verdad que soy consciente de las reiteraciones, solo busco matices que al final, logren otorgar fundamentos para la fijación del cambio que propongo.

Jesús mismo reveló esta sobriedad espiritual en múltiples escenas evangélicas, creo que la reiteración de ciertas escenas es una línea magisterial del Señor. Por ejemplo: No encontramos en Cristo una compulsión discursiva delante del Padre. Sus palabras, cuando aparecen, poseen una densidad extraordinaria, una precisión despojada de ornamentación innecesaria, pero lo encontramos en varios pasajes, buscando la soledad para Su oración, y encontramos breves conceptos de entendimiento y acuerdo con el Padre. Sin vueltas y cargadas de rendición absoluta.

“Sí, Padre, porque así te agradó”

Mateo 11:26

Aquí se revela uno de los rasgos más notables de la oración profunda: la simplicidad nacida de la verdad interior. El creyente ya no necesita construir discursos extensos para sostener comunión, porque la comunión precede al discurso. Ya no necesita elaborar retórica espiritual, porque la presencia ha comenzado a ocupar el centro.

Aquí emerge una dimensión tremendamente transformadora. Cuando practicamos la oración profunda, el

alma comienza a descansar. No como resultado de ausencia de pensamientos o emociones, sino como fruto de la exposición sostenida a la presencia divina. El descanso espiritual no describe pasividad psicológica, sino estabilidad relacional. La inquietud fundamental del yo, aquella necesidad constante de controlar, explicar, anticipar, sostener seguridad mediante actividad, comienza a debilitarse.

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mateo 11:28

El descanso prometido por Cristo no se limita al alivio emocional; alcanza la estructura misma del yo. Aquí la oración profunda revela uno de sus frutos más preciosos. La disminución silenciosa de la ansiedad espiritual.

Muchos creyentes viven, aun dentro de su sinceridad, bajo formas sutiles de presión religiosa. La necesidad de sostener rendimiento espiritual, de mantener intensidad devocional, de producir constantemente actividad visible. Pero cuando la oración comienza a ser habitada en silencio, la lógica interna se transforma.

La comunión profunda deja de sentirse como algo que debe sostenerse, y comienza a revelarse como algo que nos sostiene. Ante esto, notamos que la presencia comienza a volverse nuestro modo de ser y de vivir. Deja de ser una experiencia sensorial y se vuelve una realidad presente.

David expresó su realidad a través de un deseo: ***“Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida”*** (Salmo 27:4). Observamos cuidadosamente que el anhelo no se orienta primariamente hacia recibir cosas, sino hacia habitar presencia. Esto fue absolutamente limitado para él en esa época, pero una realidad contundente y posible para nosotros que vivimos en Cristo.

Por supuesto, que no todo silencio es oración profunda, si alguien dijera: “Bueno, desde ahora en adelante, no voy a hablar en mis oraciones, voy a callar...” Eso no implica practicar la oración profunda que propongo, porque existe un silencio vacío y un silencio habitado. El silencio vacío es mera ausencia de palabras; el silencio habitado es presencia consciente. No se trata simplemente de cesar el discurso, sino de permanecer delante de la presencia de Dios.

Esta diferencia es fundamental. Un silencio vacío puede convertirse en introspección psicológica. Un silencio habitado se convierte en comunión transformadora. En la oración profunda, el creyente no cesa para encerrarse en sí mismo, sino para exponerse a Dios. El silencio no funciona como repliegue narcisista, sino como apertura relacional. El alma no se retrae hacia su propio mundo interior; comparece delante de la presencia divina.

“Calla delante de Jehová”

Salmo 37:7

En la dinámica del Nuevo Pacto, esto no es delante, sino dentro de nuestro ser. Aquí comenzamos a experimentar algo extraordinariamente delicado: La presencia comienza a impregnar el silencio, no al revés. Esto no ocurre necesariamente mediante sensaciones intensas, sino a través de un corazón honestamente rendido.

Esta experiencia, difícil de describir en categorías puramente racionales, constituye una de las dimensiones más finas de la comunión espiritual. No se trata de información explícita ni de comunicación verbal directa, sino de convicción interior. El corazón comienza a experimentar alineación silenciosa. Certezas sin argumentos, direcciones sin discursos, paz sin explicación natural.

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento.”

Filipenses 4:7

“Sobrepasa”, no describe irracionalidad, describe una operación que trasciende el análisis discursivo. Aquí la oración profunda comienza a revelar algo extraordinariamente hermoso, que la voluntad de Dios deja de sentirse como algo que debe descifrarse y simplemente se sabe. Puede que no se comprendan motivos, tiempos o diseños, pero simplemente se sabe que provienen de Dios.

Dios inclina nuestro corazón hacia Su voluntad, y no luchamos ansiosamente por obtener claridad intelectual constante. Simplemente permanecemos, descansamos, habitamos, y en esa permanencia silenciosa, algo

profundamente real comienza a suceder. Se ajusta nuestro corazón sin resistencias.

Aquí se revela uno de los misterios más hermosos de la comunión espiritual: “La transformación silenciosa de los deseos”. Lo que antes generaba ansiedad comienza a perder intensidad; lo que antes parecía imprescindible comienza a relativizarse; lo que antes producía resistencia comienza a suavizarse. No mediante esfuerzo moral, sino mediante exposición a Su presencia.

Porque la presencia de Dios no solo nos consuela, sino que nos reordena, nos fortalece, nos purifica, nos guía, nos inclina amorosamente hacia Su propósito. Es entonces que comenzamos a comprender algo extraordinariamente profundo: La oración no consiste en obtener respuestas constantes, consiste en ser transformados progresivamente, y desde esta transformación emerge una estabilidad espiritual extraordinaria; una fe que descansa, una comunión que no exige estímulos, una presencia que no permite resistencias, y entonces Su Reino es manifestado.



Capítulo seis

Díos está aun cuando No lo sentimos

*“Tú siempre estás a mi alrededor,
adelante y detrás de mí;
siento tu mano sobre mí.*

*Lo que tú sabes de mí es demasiado profundo;
va más allá de lo que puedo entender.*

*Tu Espíritu me acompaña a todas partes;
no puedo escapar de tu presencia.”*

Salmo 139:5 al 7

Uno de los procesos más delicados y, al mismo tiempo, más decisivos en la maduración de la vida espiritual consiste en aprender a permanecer delante de Dios sin depender de la experiencia perceptible. Esta afirmación, aunque teológicamente evidente, toca una zona particularmente sensible de la sensibilidad religiosa contemporánea, pues el ser humano posee una inclinación casi inevitable hacia aquello que puede sentir, percibir o identificar emocionalmente.

No se trata de una debilidad exclusiva de ciertos creyentes, sino de una característica profundamente humana. La percepción sensorial, la experiencia emocional, la sensación interna de algo “especial”, todo ello ejerce una poderosa influencia sobre la manera en que interpretamos la realidad. Dentro de este marco, la oración fácilmente puede convertirse, sin que el creyente lo advierta plenamente, en un espacio donde se busca sentir algo, experimentar algo, recibir algo.

Y aquí emerge una tensión espiritual extraordinariamente importante, porque la presencia de Dios no siempre se manifiesta en términos perceptibles. No siempre se siente, no siempre se experimenta emocionalmente, no siempre produce fenómenos identificables. Sin embargo, permanece absolutamente real.

La Escritura establece con claridad esta distinción fundamental: **“Porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7)**. Andar por fe no describe una negación de la experiencia, sino una reorientación de la confianza. La realidad espiritual no se valida primariamente mediante percepción, sino mediante convicción nacida de la revelación divina.

Aquí resulta imprescindible introducir una verdad que nos preserva de innumerables confusiones interiores: La presencia de Dios no depende de nuestra percepción. De hecho, nuestra percepción depende de múltiples variables

humanas, mientras que la presencia es el resultado de la gracia soberana.

Estados emocionales, fatiga mental, tensiones psicológicas, condiciones físicas, fluctuaciones naturales del alma; los hijos de Dios podemos experimentar sequedad emocional sin que exista distancia espiritual. Puede atravesar silencios perceptibles sin que la comunión haya sido interrumpida. Puede no sentir nada extraordinario sin que Dios haya dejado de estar.

Dentro de muchas expresiones religiosas contemporáneas, la experiencia espiritual ha sido, aunque raramente de manera explícita, asociada excesivamente con la percepción emocional. Se habla de sentir la presencia, de experimentar atmósferas, de vivir momentos intensos, de recibir manifestaciones perceptibles. Sin negar la legitimidad de ciertas experiencias, esta orientación puede producir, sin advertirlo, una forma sutil de dependencia espiritual.

Muchos comienzan a evaluar su comunión según lo que sienten. Si sienten algo es porque Dios se complace en ellos. Si no sienten nada es porque algo falta para agradar al Señor lo suficiente. Aquí emerge una de las trampas más silenciosas de la vida espiritual: “Confundir percepción con realidad”.

La fe madura no desprecia la experiencia, pero no depende de ella. Reconoce que la realidad divina trasciende las fluctuaciones emocionales humanas. La presencia de Dios

no opera como un estímulo psicológico que debe generar sensaciones constantes, sino como una realidad objetiva que habita independientemente de nuestra percepción variable.

Aquí resulta profundamente revelador contemplar la experiencia de los salmistas. “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios” (Salmo 42:5). Obsérvese cuidadosamente que la turbación emocional no es interpretada automáticamente como abandono divino. El alma puede fluctuar; Dios permanece inalterable.

Esta distinción constituye uno de los fundamentos más importantes de la estabilidad espiritual; porque cuando la comunión depende de la experiencia perceptible, el creyente permanece vulnerable a ciclos interminables de entusiasmo y frustración. Momentos de intensidad seguidos de sensaciones de vacío. Experiencias emocionales seguidas de inquietud interior. Pero cuando la presencia comienza a ser comprendida como realidad objetiva, algo extraordinariamente profundo comienza a consolidarse.

La fe aprende a descansar, no en lo que siente, sino en lo que sabe, por lo cual, emerge ante esto, una transformación silenciosa pero decisiva. Comenzamos a permanecer delante de Dios sin expectativas compulsivas. No exige sentir algo, no demanda recibir algo, no necesita experimentar fenómenos extraordinarios; permanece simplemente porque Él está.

Esta transición resulta profundamente liberadora. La oración deja de ser un territorio donde el creyente busca constantemente validación experiencial y comienza a revelarse como un espacio de comunión confiada. El silencio ya no genera inquietud. La ausencia de sensaciones extraordinarias ya no produce ansiedad espiritual, porque la confianza que no reclama experiencias.

La Escritura afirma con claridad: ***“Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6)***. Pero esta fe no se limita a creer que Dios existe; implica confiar en Su presencia aun cuando la percepción humana no produzca confirmaciones constantes. La fe madura no exige estímulos continuos; descansa en realidad divina.

Aquí es necesario abordar otra confusión frecuente que es muy importante, la soberanía de Dios en la comunión. Dios no se somete a la expectativa humana de manifestación constante. No responde a demandas implícitas de experiencia perceptible. No opera como un estímulo emocional disponible a voluntad del creyente. Él es Dios.

El Señor es Soberano, independiente de la ansiedad experiencial humana. Esta verdad, lejos de enfriar la comunión, la purifica profundamente. Con esto aprendemos progresivamente algo extraordinariamente saludable: no poseemos derecho sobre la forma en que Dios decide manifestarse. No controlamos la intensidad perceptible. No regulamos la experiencia, simplemente permanecemos, confiamos y descansamos en el amor de Dios.

Job expresó esta dimensión con una profundidad extraordinaria: ***“He aquí, aunque él me matare, en él esperaré”*** (Job 13:15). Esta declaración no describe fatalismo religioso, sino confianza radical. La fe madura no depende de la percepción favorable, sino de la convicción profunda de la fidelidad divina.

Aquí emerge una de las formas más puras de la oración profunda. “Permanecer sin expectativas, tan solo por deleite”.

Esta disposición no implica indiferencia ni apatía espiritual, sino descanso confiado. Ya no nos aproximamos a Dios como buscando constantemente estímulos, sino habitando una hermosa comunión espiritual. Esta comunión deja de estar sostenida por la expectativa de recibir algo y comienza a reposar en la realidad de estar con Él, que lo es todo.

Es entonces que la oración profunda se convierte en un acto de confianza. No una búsqueda de experiencias, ni de demanda de sensaciones, ni como expectativa compulsiva, sino como descanso integral y deleite espiritual. Cuando aprendemos a permanecer con la fe de que Su presencia siempre está, aunque podamos no sentir nada, aunque no percibamos nada especial, es porque la madurez nos está permitiendo gobernar la ansiedad y las crisis.

Esta es una estabilidad que trasciende emociones, una comunión que no fluctúa con sensaciones, una presencia que

no depende de percepciones, y precisamente en esta madurez silenciosa es que comienza a revelarse algo profundamente real, y es que en extraordinarios momentos disfrutaremos de las manifestaciones soberanas de Su presencia.

Permanecer delante de Dios cuando nada parece ocurrir constituye una de las experiencias más purificadoras de toda la vida espiritual. No porque el silencio divino implique ausencia, ni porque la falta de percepción denote distancia, sino porque allí se dismantelan, muchas veces sin que lo advirtamos inicialmente, las expectativas más profundas del yo religioso.

Mientras la comunión es sostenida por experiencias perceptibles, el alma fácilmente desarrolla una forma sutil de dependencia espiritual. Pero cuando la percepción cesa, cuando la sensibilidad emocional no produce confirmaciones evidentes, cuando el silencio se extiende sin manifestaciones extraordinarias, algo decisivo comienza a suceder.

La fe es examinada. No en su sinceridad doctrinal, sino en su pureza relacional. Es cuando descubrimos, no sin cierta inquietud inicial, que permanecer sin sentir exige una forma distinta de confianza. Simplemente dejamos de apoyarnos en estímulos emocionales, y en sensaciones internas y comenzamos a permanecer sostenidos únicamente por la convicción profunda de la realidad divina.

Por algo el autor a los hebreos nos entregó el revelador concepto de que la Fe, es la certeza de lo que se espera, y la

convicción de lo que no se ve (**Hebreos 11:1**). Esta convicción invisible, no es simplemente tolerancia del silencio, es certeza de la gracia divina en medio de toda situación.

Aquí surge una de las purificaciones más profundas de la vida espiritual: “La transición desde la fe dependiente de la experiencia hacia la fe dependiente de Dios”. Por favor, no pasen de esta frase rápidamente, sino mediten en este concepto simple, pero revelador.

Esta distinción resulta extraordinariamente significativa. Podemos creer sinceramente en Dios y, sin embargo, estructurar inconscientemente nuestra seguridad espiritual sobre la base de la experiencia perceptible. Sentir paz, sentir consuelo, sentir cercanía, sentir algo “especial”. Pero la fe madura comienza a descansar en algo más profundo y más estable: la fidelidad objetiva de Dios.

Aquí resulta profundamente reveladora la experiencia de Abraham. *“Y no se debilitó en la fe... plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”* (**Romanos 4:19 al 21**). Obsérvese cuidadosamente que la fortaleza de su fe no se sustenta en percepción inmediata, sino en convicción respecto al carácter de Dios.

La fe madura descansa en quién es Dios, no en cómo se siente Su presencia. Sin embargo, esta transición rara vez ocurre sin cierta tensión interior. El silencio prolongado

puede confrontar zonas profundas del alma. Surgen preguntas, inquietudes silenciosas, incluso interpretaciones erróneas. ¿Ha disminuido mi comunión? ¿He perdido sensibilidad espiritual? ¿Existe algo incorrecto en mí? Estas preguntas, profundamente humanas, emergen naturalmente cuando la experiencia religiosa ha sido asociada excesivamente con la percepción emocional.

Aquí se hace necesaria una claridad magisterial decisiva. El silencio perceptible no es sequedad espiritual, muchas veces es maduración espiritual. Porque mientras la comunión depende de la experiencia sensible, permanecemos vulnerables a ciclos interminables. Pero cuando aprendemos a permanecer aun en ausencia de percepción extraordinaria, algo profundamente estable comienza a consolidarse en nuestro espíritu, y es que la fe aprende a descansar sin apoyos emocionales.

Aquí surge otra dimensión extraordinariamente refinada: “Permanecer sin necesidad de confirmación”. Esta disposición no implica insensibilidad ni indiferencia espiritual, sino confianza purificada. Ya no nos aproximamos a Dios buscando constantemente validación experiencial, sino habitando relación. La oración profunda deja de ser territorio de expectativas implícitas y comienza a revelarse como espacio de comunión confiada.

Nuestra alma comienza a aquietarse, no porque sienta, sino porque confía. David expresó esta madurez con una belleza extraordinaria: ***“Como el destetado de su madre está***

mi alma” (Salmo 131:2). Esta imagen posee una profundidad espiritual conmovedora. El alma ya no depende compulsivamente de estímulos inmediatos; descansa en la verdadera comunión espiritual.

Aquí surge otra transformación silenciosa pero decisiva: “La purificación de los motivos”. Mientras la oración es sostenida por la expectativa de recibir algo perceptible, el yo conserva un interés implícito. Pero cuando el creyente permanece aun cuando nada parece ocurrir, la comunión comienza a despojarse de intereses secundarios. Solo permanecemos con el interés de que Él es Dios y lo amamos con pasión.

Es entonces que la fe que descansa sin reclamar, sin exigir manifestaciones, sin demandar sensaciones, sin esperar fenómenos extraordinarios. Solo comunión, solo presencia, solo confianza. Y es precisamente en esta purificación silenciosa donde comienza a revelarse uno de los misterios más profundos de la comunión espiritual, porque cada tanto, “Dios irrumpe soberanamente”.

Esto sucede cuando la presencia deja de ser buscada como experiencia y comienza a ser habitada como realidad, el alma se vuelve extraordinariamente disponible. Libre de ansiedad experiencial, libre de compulsión perceptible, libre de exigencias implícitas. Aquí la soberanía divina se manifiesta con una libertad extraordinaria. No provocada, no inducida, no producida, soberanamente concedida.

La Escritura revela repetidamente esta dinámica. **“Y aconteció que mientras oraba...” (Lucas 9:29).** **“Y de repente vino del cielo un estruendo...” (Hechos 2:2).** La manifestación divina no responde a fórmulas técnicas ni a mecanismos predecibles. Dios se manifiesta cuando quiere, como quiere, en la intensidad que quiere.

La presencia de Dios no es un fenómeno manipulable, es un don soberano. Cuando somos maduros aprendemos a vivir en esta tensión santa. Permanecer sin exigir manifestación alguna, pero abiertos a ellas. Descansar sin demandar experiencias, pero disponibles a ellas. Habitar la comunión sin ansiedad perceptible, pero con profunda reverencia, pero con toda la expectativa de disfrutar el momento en que Dios determine soberanamente manifestarse.

La presencia divina, cuando irrumpe con intensidad, no opera simplemente como consuelo emocional ni como experiencia agradable. Opera como realidad transformadora que atraviesa la estructura misma de nuestro ser. Es ahí donde algo en nosotros simplemente muere.

La Escritura describe esta experiencia con imágenes extraordinariamente intensas. Isaías exclama: **“¡Ay de mí! que soy muerto” (Isaías 6:5).** Juan cae como muerto (**Apocalipsis 1:17**). Daniel pierde fuerzas (**Daniel 10:8**), porque la presencia de Dios no adorna al hombre, lo desarma. No lo estimula solamente, lo atraviesa.

Es decir, no se puede tocar Su presencia sin morir. No muerte física, sino dismantelamiento interior. Es la disolución silenciosa del yo, es el debilitamiento de defensas. Es derretimiento de resistencias; entonces la oración deja definitivamente de ser un ejercicio espiritual y se convierte en altar encendido.



Capítulo siete

No se puede tocar Su presencia sin morir

*“Levántate, da voces en la noche, al comenzar las vigili-
as; Derrama como agua tu corazón ante la presencia del
Señor...”*

Lamentaciones 2:19

Existe una verdad espiritual que el lenguaje humano apenas logra rozar sin riesgo de trivializarla: la presencia de Dios no es simplemente una experiencia consoladora, sino una realidad transformadora que atraviesa, desarma y desmantela las estructuras más profundas del yo humano. Esta afirmación, aunque intensamente radical, no pertenece al ámbito de la exageración retórica ni a una espiritualidad dramática, sino al testimonio consistente de la revelación bíblica.

Cada vez que la Escritura describe encuentros donde la presencia divina se manifiesta con intensidad, emerge un patrón extraordinariamente claro: algo en el hombre colapsa.

Cuando Isaías estuvo ante la presencia del Señor, no celebró, sino que terminó quebrantado: ***“¡Ay de mí! que soy muerto”*** (Isaías 6:5). Esta reacción no describe fragilidad psicológica ni respuestas emocionales desbordadas. Revelan una dinámica natural muy profunda: la presencia de Dios confronta la estructura misma del “yo”. No se trata meramente de sentir algo intenso, sino de comparecer ante una realidad cuya santidad desmantela toda autosuficiencia.

Aquí resulta imprescindible comprender algo decisivo, la presencia de Dios no produce simplemente emociones espirituales, produce muerte interior. No como castigo, sino como purificación. No como destrucción arbitraria, sino como desmantelamiento redentor; porque aquello que no puede coexistir con Su santidad comienza a disolverse bajo Su luz.

Los seres humanos, aun regenerados, portamos estructuras internas complejas y profundamente arraigadas. El ego, la autoafirmación, los mecanismos de defensa, la necesidad de control, la autosuficiencia silenciosa, incluso formas sutiles de orgullo espiritual. Muchas de estas estructuras no se desmantelan mediante corrección doctrinal ni mediante disciplina externa. Requieren algo más profundo, lo cual se produce mediante la exposición a Su presencia.

“Porque nuestro Dios es fuego consumidor.”

Hebreos 12:29

El fuego divino no opera como agresión, sino como purificación. No destruye la identidad redimida; consume aquello que no pertenece al orden de la vida nueva. La cercanía divina no halaga al yo; lo atraviesa. En otras palabras, no se puede permanecer verdaderamente en Su presencia sin que algo en nosotros muera.

Esta muerte no siempre se manifiesta en términos perceptibles ni mediante experiencias dramáticas. Muchas veces opera silenciosamente, progresivamente, casi imperceptiblemente. Resistencias que pierden fuerza. Argumentos internos que se debilitan. Ansiedades que se disuelven. Defensas que comienzan a colapsar.

La presencia comienza a hacer imposible ciertas actitudes internas, no mediante imposición externa, sino mediante incompatibilidad interior. Aquello que antes parecía sólido comienza a sentirse frágil. Aquello que antes parecía justificable comienza a perder consistencia. Aquello que antes parecía imprescindible comienza a relativizarse.

Esto acontece porque la presencia no solo ilumina, revela; no solo consuela, sino que desarma; no solo fortalece, sino que desmantela. Es decir, Jesús no nos llamó simplemente a mejorar conductas, sino a algo infinitamente más radical: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día” (Lucas 9:23)***. Negarse a sí mismo no describe autodesprecio psicológico ni supresión de la personalidad, sino el colapso progresivo del ego autónomo.

La oración profunda se convierte, en este sentido, en uno de los espacios más decisivos donde esta cruz interior comienza a operar con mayor intensidad, porque en la presencia sostenida, el yo pierde territorio; no puede sostener su rigidez habitual, no puede preservar intactas sus defensas, no puede mantener su ilusión de centralidad.

Aquí surge una verdad profundamente incómoda para el ego humano: “El yo religioso también debe morir”. No solo el orgullo evidente, no solo la autosuficiencia visible, sino incluso aquellas estructuras religiosas mediante las cuales el yo intenta sostener identidad espiritual. La necesidad de sentirse competente, de sentirse eficaz, de sentirse “espiritualmente correcto”.

En la presencia de Dios, toda forma de autoafirmación comienza a colapsar, por eso Pablo expresó esta dinámica con una claridad extraordinaria: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo”*** (Gálatas 2:20). Esta afirmación no describe una experiencia emocional episódica, sino una realidad existencial progresiva. El yo no desaparece como entidad psicológica, pero pierde su trono.

La presencia de Dios produce una forma de muerte silenciosa del yo; no violencia espiritual, no esfuerzo psicológico, no represión artificial, sino desmantelamiento por exposición. Es cuando dejamos de luchar compulsivamente contra nuestro ego; simplemente se desarma delante de Dios. Y en esa permanencia sostenida, algo profundamente real comienza a suceder: “El yo

comienza a debilitarse, pierde centralidad, pierde gobierno interior, y el Reino de Dios se hace fuerte ante nuestro ser.

La oración deja definitivamente de ser un acto devocional y se convierte en altar. Un altar invisible, un altar silencioso, un altar donde no se sacrifican palabras, sino estructuras internas; porque la presencia divina no demanda simplemente expresión, sino que demanda rendición. No busca discursos, busca exposición; no reclama actividad, sino que opera transformación.

Aquí emerge otra verdad profundamente significativa: “La muerte interior raramente es dramática”. Suele ser silenciosa, gradual, profunda.

Muchas veces no podemos identificar el momento exacto en que ciertas resistencias se debilitaron, en que ciertas ansiedades perdieron fuerza, en que ciertas autoafirmaciones comenzaron a diluirse. Simplemente descubrimos que algo ha cambiado.

Reacciones más suaves, defensas menos rígidas, temores menos dominantes; porque la presencia ha comenzado a operar en niveles donde el esfuerzo humano jamás podría alcanzar.

“Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados.”

2 Corintios 3:18

La oración profunda no consiste en hacer morir al yo, consiste en permanecer donde el “yo” no puede sobrevivir intacto. Porque en la intensidad de Su presencia, todo lo que no es Cristo comienza a derretirse.

El desmantelamiento del ego constituye uno de los procesos más silenciosos y, al mismo tiempo, más radicales de toda la vida espiritual. No ocurre mediante violencia interior ni a través de esfuerzos psicológicos agotadores, sino como fruto inevitable de la exposición sostenida a la presencia de Dios. Porque aquello que el hombre difícilmente logra rendir mediante determinación consciente, la presencia divina comienza a disolver mediante incompatibilidad de naturalezas.

El ego humano, aun dentro de la vida regenerada, posee una extraordinaria capacidad de adaptación. Puede revestirse de lenguaje espiritual, adoptar formas religiosas, operar dentro de prácticas devocionales, incluso participar activamente en contextos ministeriales. Puede coexistir con disciplina, con estudio bíblico, con actividad eclesial, sin necesariamente perder su trono interior.

Sin embargo, en la presencia profunda, algo distinto ocurre, porque la presencia de Dios no debate con el ego, sino que lo expone. No lo confronta mediante argumentos, sino que los debilita mediante la luz. No los combate, sino que los atraviesa.

Para ser sincero, no encuentro palabras naturales para explicar el fenómeno espiritual que se produce en Su presencia, pero las defensas internas del “yo” comienzan a colapsar. Habitualmente vivimos protegiéndonos desde los complejos, los temores, los mecanismos de autopreservación. Justificaciones internas, razonamientos cuidadosamente contruidos, narrativas mentales destinadas a preservar coherencia del yo. Muchas de estas estructuras operan con tal sutileza que permanecen invisibles incluso para la propia consciencia.

Pero cuando permanecemos en silencio delante de la presencia de Dios. Cuando cesa la actividad verbal, la mente deja de estructurar discurso. Cuando el alma comparece sin escenografía, estas defensas comienzan a perder estabilidad. No necesariamente mediante conflicto perceptible, sino mediante debilitamiento silencioso.

Argumentos que antes nos parecían sólidos comienzan a sentirse frágiles. Resistencias que antes nos parecían justificables comienzan a perder consistencia. Autoafirmaciones que antes nos parecían necesarias comienzan a diluirse como la cera ante el fuego de Dios.

La presencia produce algo que el razonamiento humano no puede sostener: “Transparencia interior”. David expresó esta experiencia con una lucidez extraordinaria: ***“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos”*** (Salmo 19:12). Obsérvese la profundidad de esta afirmación. El hombre no solo lucha con

lo que conoce de sí mismo, sino con aquello que permanece oculto incluso para su percepción consciente.

La oración profunda revela su naturaleza más purificadora, confrontando no solo lo visible, sino que también ilumina lo oculto. No solo expone conductas, sino que revela estructuras internas. No solo ajusta decisiones, sino que desmantela fundamentos del “yo”. Porque la presencia divina posee una capacidad única: penetra más allá de la autopercepción humana.

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”

Hebreos 4:12

“Discernir” aquí no describe análisis intelectual, describe penetración divina. Cuando se permanece verdaderamente en la presencia de Dios, las razones comienzan a derretirse. No porque el pensamiento pierda valor ni porque la inteligencia humana sea anulada, sino porque muchas de nuestras razones no nacen de la verdad pura, sino de mecanismos de autopreservación. Argumentos que justifican temores, razonamientos que sostienen resistencias, explicaciones que protegen zonas no rendidas.

En la presencia profunda, estas construcciones comienzan a perder fuerza. Aquello que parecía irrefutable comienza a sentirse innecesario. Aquello que parecía imprescindible comienza a relativizarse. Aquello que parecía

lógico comienza a disolverse. Porque la presencia no persuade, revela.

Aquí el creyente comienza a experimentar algo extraordinariamente delicado: “La inutilidad progresiva de la autojustificación”. No porque Dios humille arbitrariamente al hombre, sino porque la luz divina hace imposible sostener ciertas narrativas internas. Lo que antes podía sostenerse en la penumbra del razonamiento humano pierde consistencia bajo la claridad de Su presencia.

Isaías lo expresa con una imagen extraordinaria: **“Toda nuestra justicia como trazo de inmundicia” (Isaías 64:6)**. No condenación, sino revelación. No desprecio, sino exposición.

La verdad es que el ego humano no se sostiene únicamente mediante orgullo evidente, sino mediante formas sutiles de autoafirmación silenciosa. La necesidad de comprender todo, de controlar todo, de explicar todo, de sostener seguridad mediante la razón. Sin embargo, en la presencia profunda, comenzamos a descubrir algo extraordinariamente liberador: “No necesitamos defendernos, justificarnos ni sostenernos tanto”. Porque la presencia comienza a producir una forma de descanso basado en la revelación del Nuevo Pacto.

Esto no es represión del yo, sino que es disolución del yo autónomo. No es negación psicológica, sino que es colapso de centralidad. No es destrucción de nuestra

identidad, sino reordenamiento del gobierno interior. Pablo lo expresa con precisión extraordinaria:

“Para que ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”

2 Corintios 5:15

Quizá una de las muertes más complejas y más necesarias es la del “yo religioso”. Porque el yo religioso puede coexistir con lenguaje bíblico, con práctica espiritual, con actividad eclesial, incluso con aparente humildad externa. Pero conserva, en niveles sutiles, la necesidad de sentirse espiritualmente competente, correcto, válido.

En la presencia profunda, esta estructura comienza a colapsar. Dejamos de sentirnos “espiritualmente exitosos”. Dejamos de sostener una imagen interior que pretenda ser digna. Dejamos de lado la autoevaluación religiosa. Solo permanecemos en Su presencia, solo comparecemos desnudos ante Él.

Aquí es cuando la oración alcanza una de sus expresiones más puras: “El altar silencioso”. No un escenario, no un espacio de producción espiritual, no un territorio de rendimiento religioso, sino un altar, un limpio y digno altar para el verdadero Rey.

Ahí es cuando algo de nosotros simplemente muere, algo es rendido incondicionalmente, algo de nosotros es

consumido en Él; porque la oración profunda no es simplemente comunión, es transformación por exposición.

Además, la muerte en Dios jamás constituye el final, sino que es un umbral. Un umbral hacia algo infinitamente más profundo, más liviano, más libre, más alineado, más vivo.

“Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere... pero si muere, lleva mucho fruto.”

Juan 12:24

Aquí es cuando comenzamos a tocar la dimensión más gloriosa de la oración profunda: “Cuando pasamos del silencio a la vida de resurrección”.



Capítulo ocho

Del silencio a La vida de resurrección

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

Gálatas 2:20

Toda muerte en Dios contiene, en su núcleo más profundo, una promesa silenciosa de vida. Esta afirmación, lejos de constituir un consuelo poético, expresa uno de los principios más fundamentales de la economía del Reino. Porque la lógica divina jamás opera en términos de destrucción final, sino de transformación redentora.

Allí donde el hombre experimenta pérdida, Dios gesta vida. Allí donde el yo colapsa, la vida nueva comienza a emerger. Allí donde algo muere bajo la influencia de la presencia, algo más puro, más liviano, más verdadero comienza a manifestarse.

La oración profunda, en su dimensión más radical, conduce inevitablemente hacia esta dinámica pascual. No se trata simplemente de experimentar silencios, ni de cultivar quietud, ni de atravesar procesos interiores de rendición. Todo ello, aunque decisivo, constituye apenas el umbral de algo infinitamente más glorioso: la vida que emerge después de la muerte interior.

Jesús mismo establece este principio con claridad ineludible: ***“Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”*** (Mateo 16:25). Esta afirmación no describe una paradoja retórica, sino una ley espiritual profunda. El yo, en su necesidad de autopreservación, se aferra, se defiende, se sostiene, se endurece. Pero en la presencia profunda, donde estas estructuras comienzan a colapsar, algo extraordinario comienza a revelarse: “Lo que parecía pérdida comienza a manifestarse como liberación”.

Aquí emerge una de las verdades más hermosas y más incomprendidas de la vida espiritual: “La muerte del yo no empobrece la existencia; la libera”. Porque el ego humano, aun en sus formas más refinadas, constituye una estructura inherentemente pesada. Necesita sostener control, necesita defender identidad, necesita preservar narrativas internas, necesita resistir incertidumbre. Vive en tensión constante. Se protege, se afirma, se justifica, se compara, se inquieta.

Pero cuando algo de esta estructura comienza a morir, el Reino comienza a manifestarse...

Ante esto, el alma comienza a experimentar liviandad, no una liviandad superficial ni una euforia emocional pasajera, sino una reducción natural del peso interior. Ansiedades que pierden intensidad. Temores que comienzan a debilitarse. Defensas que ya no resultan necesarias con la misma rigidez. Resistencias que comienzan a diluirse. Jesús lo expresó con una simplicidad extraordinaria:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”

Mateo 11:28 al 30

“Ligera” no describe ausencia de realidad, describe transformación de la experiencia interior. Aquí la oración profunda revela uno de sus frutos más gloriosos: “La vida de resurrección”.

No se trata de un concepto teológico abstracto ni de una metáfora espiritual, sino de una condición existencial profundamente real. La resurrección no comienza únicamente después de la muerte física; comienza en la muerte interior del yo. Allí donde el ego pierde centralidad, la vida del Espíritu comienza a ocupar el gobierno interior.

Pablo lo expresa claramente, en un pasaje que suele ser pasado por alto, pero él dice: ***“Y si Cristo vive en vosotros...”***

(Romanos 8:10). No dijo simplemente con vosotros, sino en vosotros.

Aquí emerge una de las transformaciones más decisivas de toda la experiencia espiritual: “La voluntad de Dios deja de sentirse como información externa y comienza a experimentarse como convicción interior”.

Mientras el yo conserva dominio, la voluntad divina muchas veces se percibe como dirección que debe comprenderse, analizarse, evaluarse. Pero cuando el ego comienza a perder rigidez, cuando la presencia ha desmantelado defensas, cuando el corazón ha sido suavemente inclinado, algo extraordinario comienza a manifestarse, porque la voluntad de Dios comienza a sentirse natural, no impuesta, no forzada, no resistida, simplemente natural.

Ante esto, la obediencia deja de sentirse como esfuerzo moral sostenido y comienza a revelarse como consecuencia orgánica de la transformación interior. Dejamos de luchar constantemente contra nosotros mismos para alinearnos. Esto no es una elección anticipada, solo descubrimos que hemos comenzado a ser alineados, que nuestros deseos comienzan a ser transformados, que nuestros afectos son reordenados, tan solo por permanecer en Su presencia.

Mientras el ego conserva protagonismo, la vida interior suele estar marcada por tensiones. Debates internos, resistencias silenciosas, luchas constantes entre deseo y

deber, entre inclinación y convicción. Pero cuando la presencia ha comenzado a dismantelar el yo, algo profundamente real comienza a consolidarse.

La voluntad divina ya no genera fricción constante, genera paz. Como dijo el salmista: ***“Grande paz tienen los que aman tu ley”*** (Salmo 119:165). Amar aquí no describe conformidad externa, describe alineación interior.

Aquí la oración profunda revela otro de sus frutos más gloriosos: “Caminar livianos”. Es cuando comenzamos a experimentar una forma distinta de habitar la existencia. Menos tensión interior, menos necesidad de autopreservación compulsiva, menos ansiedad por sostener control absoluto. No porque desaparezcan las responsabilidades ni porque la vida se vuelva carente de desafíos, sino porque algo fundamental ha cambiado.

El centro de gravedad interior se ha desplazado, el yo deja de gobernar; la vida del Espíritu comienza a gobernar. Entonces nos atraviesa una fe que descansa, una confianza que no se agita, una comunión que no depende de estímulos, una obediencia que no exige violencia interior.

Isaías lo describe con una imagen extraordinaria: ***“Y será la justicia obra de paz; y el efecto de la justicia, reposo y seguridad para siempre”*** (Isaías 32:17). Para nosotros, reposo interior y seguridad de existencial permanente en Cristo.

La oración profunda produce una vida gobernada desde el secreto, no una espiritualidad episódica, sino una existencia configurada interiormente por la presencia. En un momento de esta dinámica de oración, ya no necesitamos momentos extraordinarios constantes para sostener estabilidad espiritual. Vivimos desde una transformación silenciosa, profunda y estable.

El secreto ya no es solo un lugar de encuentro, sino que se convierte en una fuente del gobierno espiritual. Jesús lo expresa con claridad extraordinaria: “*Mas tú, cuando ores, entra...*” (Mateo 6:6). Entrar ya no es obligación, es morada, es habitación permanente.

Ante esta revelación, comenzamos a gravitar naturalmente hacia la presencia. No por disciplina impuesta, sino por inclinación transformada. No por exigencia religiosa, sino por necesidad verdadera; porque la vida nueva comienza a manifestarse constantemente. Una vida más liviana, más estable, más pacificada, más alineada, más libre.

Aquí emerge una verdad profundamente gloriosa: “La oración profunda no produce simplemente experiencias espirituales, produce existencia de resurrección”.

Después de la muerte interior, después del silencioso desmantelamiento de las estructuras del yo, después de ese proceso muchas veces imperceptible en el que la presencia de Dios comienza a diluir defensas, temores, rigideces y autoafirmaciones, emerge inevitablemente una pregunta que

no pertenece al ámbito de la curiosidad teológica, sino a la experiencia concreta del creyente: ¿qué nos queda?

La lógica humana tiende a asociar la muerte con pérdida, con vacío, con disminución. Pero en la economía del Reino, la muerte operada por la presencia divina jamás constituye aniquilación, sino liberación. Aquello que muere no es la identidad redimida, sino la estructura pesada del yo autónomo. Aquello que colapsa no es la personalidad, sino la tiranía silenciosa del ego. Aquello que se disuelve no es la vida, sino aquello que impedía vivir sin pesadas cargas.

Lo que queda, es profundamente distinto. Queda una interioridad pacificada, una forma nueva de habitar la existencia, una estabilidad silenciosa que no necesita afirmarse constantemente, una liviandad existencial difícil de describir, pero profundamente real.

Jesús expresó esta realidad con una simplicidad extraordinaria que, contemplada en profundidad, revela su carácter transformador: ***“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14:27)***. La paz del mundo depende de circunstancias favorables, de ausencia de conflicto, de control de variables externas. La paz nacida de la comunión profunda posee otra naturaleza. No elimina necesariamente las tensiones de la vida, pero transforma radicalmente la manera en que son habitadas.

Una paz estable, no una calma emocional fluctuante; No el alivio psicológico circunstancial, sino una condición

interior sostenida por la reconfiguración del centro de gravedad del alma.

Mientras el ego gobierna, la vida interior permanece inevitablemente vulnerable a innumerables agitaciones. Necesidad de control, temor a la pérdida, ansiedad frente a la incertidumbre, resistencia silenciosa a aquello que amenaza la autoafirmación. Pero cuando estas estructuras comienzan a morir, algo extraordinariamente profundo comienza a consolidarse.

El alma aprende a descansar, no como un acto ocasional, sino como condición existencial. Isaías lo describe con una imagen de extraordinaria belleza espiritual: ***“Porque así dijo Jehová el Señor... en descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza”*** (Isaías 30:15). Obsérvese cuidadosamente que la fortaleza no es asociada con tensión, ni con agitación, ni con intensidad exterior, sino con quietud.

El ego humano habita permanentemente una dinámica de urgencia. Debe sostener, debe preservar, debe controlar, debe anticipar, debe defender. Vive en tensión estructural constante. Pero cuando la presencia ha comenzado a operar muerte interior, esta urgencia silenciosa comienza a perder intensidad y en su lugar emerge algo extraordinariamente distinto: Disponibilidad, liviandad, reposo interior.

Comenzamos a caminar sin violencia espiritual. Ya no necesitamos forzar convicciones, ni imponernos ante las

tensiones religiosas, ni sostener rigidez interior constante. La voluntad de Dios comienza a ser habitada con naturalidad progresiva. La obediencia deja de sentirse como esfuerzo sostenido y comienza a manifestarse como consecuencia orgánica de la transformación interior.

La vida comienza a ser gobernada desde la quietud, la cual deja de ser una simple práctica. Dentro de la oración profunda se convierte en una cualidad de la existencia. Una forma nueva de habitar decisiones, relaciones, tensiones, incertidumbres. Dejamos de movernos desde la ansiedad, y comenzamos a movernos desde la convicción pacificada. No reaccionamos desde el temor, sino desde la estabilidad interior. El apóstol Pablo lo expresa con una claridad extraordinaria:

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones...”
Colosenses 3:15

Observemos que dice “Gobierne”, no dice simplemente acompañe, no dice ocasionalmente alivie vuestros corazones. Dice: “Gobierne”.

Pablo no habla de una espiritualidad episódica, no habla de momentos aislados de intensidad espiritual, no se refiere a experiencias intermitentes, sino a una existencia configurada interiormente por la presencia. El secreto deja de ser un lugar al que acudimos como refugio, y se convierte en la fuente desde la cual vivimos.

Porque algo ha cambiado radicalmente, nuestro “yo” ha perdido su trono. La presencia del Señor ha comenzado a gobernar todo nuestro ser, con lo cual emerge una verdadera libertad respecto a la compulsión interior, respecto a la ansiedad espiritual, respecto a la necesidad de autopreservación constante, respecto a la violencia silenciosa del ego.

“Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.”

2 Corintios 3:17

Esta libertad no describe ausencia de responsabilidad ni indiferencia frente a la realidad, sino liviandad interior. El creyente comienza a vivir sin esa tensión estructural permanente que caracteriza al yo autónomo. Puede atravesar incertidumbres sin colapsar interiormente. Puede enfrentar tensiones sin perder estabilidad. Puede habitar silencios sin ansiedad.

Entonces, llegamos a comprender que la oración profunda no termina en el aposento, se extiende a toda la vida; porque la resurrección interior no es un evento puntual, sino una condición progresiva. Comenzamos a vivir desde una identidad menos rígida, menos defensiva, menos ansiosa. La presencia deja de ser algo que visita ciertos momentos y comienza a revelarse como la atmósfera permanente de la existencia.

Aquí la fe alcanza una madurez extraordinaria, una fe que descansa, una confianza que no se agita, una comunión

que no reclama estímulos, una vida que ya no lucha compulsivamente por sostenerse, porque ha comenzado a ser sostenida, y en esta estabilidad silenciosa emerge uno de los frutos más hermosos de toda la oración profunda: “Una vida en el reposo del Reino”.

No un reposo superficial, indiferente, desconectado de la realidad, sino un reposo verdadero, un reposo del alma, un reposo interior que fortalece todo nuestro ser. Un reposo que no nos detiene, porque no es pasividad, es fortaleza para andar en propósito. Jesús lo expresó con una claridad extraordinaria:

***“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior
correrán ríos de agua viva.”***

Juan 7:38



Capítulo nueve

El protocolo de La oración

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.”

Mateo 6:9 al 13

Este libro, ha pretendido cultivar conceptos de una oración profunda que, poco a poco va mudando de las muchas palabras, al silencio provocado por la presencia del Señor. Una presencia real, capaz de crear ámbitos de intercambio, confesión y corrección. Esto no anula nuestro clamor genuino en momentos determinados.

Las palabras siempre serán parte de nuestra oración, por eso quisiera cerrar enseñando sobre el protocolo de la oración. Esto lo considero muy necesario, porque he observado que muchos hermanos, incluso muchos ministros de la Palabra, oran sin respetar el protocolo establecido por la revelación del Nuevo Pacto.

Hemos aprendido que la oración, en su esencia más pura, no es simplemente un acto devocional ni un ejercicio emocional. Tampoco es un desahogo espiritual ni una práctica religiosa destinada a tranquilizar la conciencia. La oración es, en realidad, uno de los actos más sublimes, más profundos y más reveladores que le han sido concedidos al hombre redimido.

Orar no es hablar acerca de Dios, sino hablar con Dios. No es construir un discurso espiritual, sino participar de un acceso, por eso hemos avanzado por el camino que propone el dialogo desde el corazón. Sin embargo, la oración tampoco es una improvisación verbal nacida de la necesidad humana, sino una interacción sostenida por realidades eternas establecidas en la obra consumada de Cristo.

Al observar la práctica cotidiana de muchos creyentes, surge una escena que invita a la reflexión serena. Se escucha a los hermanos dirigirse indistintamente al Padre, luego al Hijo, luego al Espíritu Santo; en medio de esa dinámica verbal, reprenden al diablo, nombran espíritus inmundos, hacen declaraciones contra las tinieblas, y posteriormente regresan al diálogo con Dios. No se trata aquí de cuestionar

la sinceridad del corazón, que muchas veces es genuina, sino de considerar algo más profundo y más delicado: el orden espiritual de la oración dentro de la revelación del Nuevo Pacto. Porque en el Reino, la sinceridad jamás sustituye al diseño.

Dios no es un Dios de desorden. Esta verdad, que atraviesa silenciosamente toda la Escritura, no se limita a la creación, ni al gobierno del universo, ni al funcionamiento de la iglesia. También alcanza la vida interior del creyente.

El universo opera bajo leyes. La redención opera bajo leyes. El acceso a Dios opera bajo leyes. La oración, por lo tanto, no es una excepción. Muchas veces se ha asociado el concepto de orden o protocolo con rigidez religiosa, formalismo o estructura humana, pero el orden del Reino no nace de la religión, sino del diseño divino. No limita la oración, la protege. No enfría la comunión, la purifica. No restringe la libertad espiritual, la alinea con la verdad.

Cuando el Señor enseñó acerca de la oración, no dejó el tema en la ambigüedad. No permitió que la práctica quedara sujeta a interpretaciones subjetivas ni a preferencias emocionales. Fue extraordinariamente preciso. No dijo: “cuando oren, háblenme a mí”. No dijo: “cuando oren, invoquen al Espíritu Santo”. Dijo: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Estas palabras no constituyen una fórmula litúrgica, sino una revelación de acceso. El Hijo no vino a redirigir la

oración hacia Sí mismo, sino a abrir el camino hacia el Padre. Él no se presentó como el destino final, sino como el Camino. La gloria de Cristo no reside en absorber la oración, sino en hacer posible que el creyente, que antes estaba lejos, ahora pueda acercarse confiadamente al trono.

El hecho de que Cristo sea uno con el Padre no anula Su función mediadora. La unidad divina no elimina el orden funcional del diseño redentor. El Hijo es Dios, pero en la economía eterna del Nuevo Pacto, Él es el mediador.

El mediador no compete con el trono; conduce al trono. Orar en el nombre de Jesús no es una costumbre religiosa añadida al final de una petición, sino el reconocimiento de que todo acceso es legalmente posible únicamente por Su obra. No es una frase devocional, es un fundamento espiritual. No es una expresión tradicional, es una conciencia de justicia otorgada.

El Espíritu Santo, por su parte, ocupa un lugar absolutamente central en la vida del creyente. Sin Su acción, la vida cristiana sería inconcebible. Él es quien ilumina, guía, fortalece, consuela, revela e intercede. Pero Su función en la oración también posee un diseño específico.

El Espíritu no fue enviado para convertirse en el nuevo destinatario primario de la oración, sino para ser el agente interno que la sostiene, la inspira y la ordena. Él intercede en nuestra debilidad, alinea el clamor, ilumina el entendimiento, testifica de Cristo y nos guía hacia la verdad.

Incluso en muchas congregaciones, se comienza la reunión invocando al Espíritu Santo, pero en realidad, cuando se invita al Espíritu Santo a “venir”, muchas veces, sin intención, se revela una desconexión doctrinal profunda, porque Aquel que habita permanentemente no necesita ser convocado como si estuviera ausente. El Espíritu no visita. El Espíritu habita. La oración profunda nace precisamente de esta conciencia: no hablamos hacia el cielo desde la distancia, sino desde la unión.

Cuando en una misma oración se alternan destinatarios sin conciencia del diseño, la oración comienza a perder coherencia espiritual. No porque Dios se confunda, sino porque el creyente pierde alineación interior.

La oración profunda requiere claridad interna. No es simplemente cuestión de teología, sino de enfoque espiritual. Una oración fragmentada suele reflejar confusión conceptual, mezcla de modelos doctrinales heredados, falta de conciencia del acceso concedido. No se trata de prohibiciones ni de correcciones externas, sino de comprensión. No es imposición, es revelación.

En este mismo orden de reflexión emerge otro aspecto igualmente delicado: la constante mención del enemigo dentro de la oración dirigida a Dios. El diablo no es omnipresente. No es omnisciente. No es omnipotente. Sin embargo, en la práctica devocional de muchos creyentes, ocupa un espacio sorprendentemente central.

Muchos mencionan al diablo constantemente, se le atribuye presencia permanente, se le introduce incluso en medio del diálogo con el Padre. Surge entonces una pregunta inevitable: cuando el creyente entra al trono, ¿por qué introduce al adversario en la conversación?

La oración no es un campo de batalla verbal. La oración es un acceso al trono. Mencionar al enemigo dentro de una oración dirigida al Padre no fortalece la fe; muchas veces revela una conciencia todavía centrada en el conflicto más que en la victoria consumada.

El enemigo puede ser resistido, confrontado, reprendido, pero el contexto importa. El momento importa. La dirección del Espíritu importa. No toda oración es guerra. No todo clamor es confrontación. No toda reunión requiere reprensiones. Hay momentos en los que el Espíritu guía con claridad hacia actos de autoridad espiritual, hacia intervenciones específicas, hacia confrontaciones necesarias.

Cuando la guerra espiritual nace de la ocurrencia humana y no del discernimiento divino, la práctica se vuelve mecánica, repetitiva y, muchas veces, carente de verdadera eficacia. La autoridad espiritual no es volumen. Es alineación.

La oración profunda no gira alrededor del enemigo. Gira alrededor del trono. El creyente del Nuevo Pacto no ora desde la carencia, sino desde el acceso. No desde la derrota,

sino desde la justicia otorgada. No desde la distancia, sino desde la unión con Cristo.

Cuando la oración se llena excesivamente de referencias a Satanás, demonios, tinieblas y ataques, algo comienza a desplazarse silenciosamente: el foco deja de ser Dios y comienza a ser el conflicto. Pero la fe jamás fue diseñada para girar alrededor del adversario. La centralidad del Reino es el trono, no la batalla.

Es necesario afirmar con equilibrio que el orden espiritual no es legalismo religioso. No se trata de imponer fórmulas rígidas ni de establecer estructuras humanas. El orden nace de la comprensión, no de la imposición.

La oración profunda no es la más estructurada, sino la más alineada. Va de las palabras al silencio, y del silencio a las palabras sinceras, sentidas y correctas. Quizás el problema no sea la forma de la oración, sino la conciencia que la sostiene, y esa conciencia se expresa en palabras, por eso es muy importante el protocolo que utilicemos.

Muchos creyentes oran como si aún estuvieran tratando de llegar, como si aún estuvieran tocando una puerta cerrada, como si aún necesitaran generar presencia divina. Pero el Nuevo Pacto declara algo radicalmente distinto. El velo fue rasgado. El acceso fue abierto. La justicia fue concedida. La habitación del Espíritu fue establecida.

La oración profunda nace cuando el creyente deja de intentar acercarse y comienza a orar desde la cercanía ya otorgada. Cuando comprende que no está clamando desde la distancia, sino dialogando desde la unión. Cuando reconoce que el Padre es el origen y el destino, que el Hijo es el acceso y la mediación, y que el Espíritu es la operación interna y el poder que sostiene toda interacción viva.

Este orden no limita la comunión; la embellece. No enfría la oración; la profundiza. No reduce la libertad espiritual; la libera del ruido innecesario.

Entonces la oración deja de ser un ejercicio espiritual esforzado, deja de ser una acumulación de palabras, deja de ser una manifestación emocional dispersa. Se convierte en algo más alto, más silencioso y más poderoso. Se convierte en alineación. Se convierte en conciencia. Se convierte en encuentro.

Porque el orden del Reino jamás restringe la comunión. La purifica. Y en esa purificación, la oración alcanza su forma más profunda, más clara y más gloriosa.



Epílogo

Es claro que en los tiempos actuales, no todos desean el silencio, no todos están preparados para la quietud, no todos soportan la desnudez interior que implica permanecer delante de Dios sin refugiarse en palabras, sin sostenerse en estructuras, sin protegerse en actividad espiritual.

Porque el silencio, cuando es verdadero, cuando no funciona como mera ausencia de sonido sino como exposición consciente a la presencia divina, posee una cualidad profundamente confrontadora. Despoja. Desarma. Revela. Y no todo corazón está dispuesto a atravesar voluntariamente ese umbral.

Durante generaciones, la vida espiritual ha sido frecuentemente asociada con movimiento visible, con intensidad exterior, con prácticas identificables, con expresiones perceptibles. Hablar, declarar, clamar, insistir, producir actividad religiosa. En este contexto, el silencio puede parecer, al menos inicialmente, una forma de pasividad improductiva, un territorio vacío, un espacio donde aparentemente nada ocurre. Sin embargo, la oración profunda revela algo extraordinariamente distinto.

La verdad es que en el silencio interior, todo ocurre. Allí donde cesa la compulsión de producir discurso, comienza a revelarse la operación silenciosa de la presencia. Allí donde el “yo” pierde la posibilidad de sostenerse

mediante actividad, comienza a manifestarse la influencia transformadora de Dios. Allí donde desaparece la necesidad de llenar el espacio, la presencia comienza a ocuparlo todo.

Pero esta transición no resulta cómoda para el ego humano, porque el silencio no ofrece refugios, no concede protagonismo, no permite sostener la ilusión de control espiritual. Solo deja al alma... Y deja a la presencia de Dios obrando conforme a Su propósito.

Quizá por ello muchos creyentes, aun sinceros, aun profundamente amando al Señor, prefieren, consciente o inconscientemente, formas de espiritualidad donde la actividad preserva cierta sensación de estabilidad. No se trata de hipocresía ni de superficialidad deliberada, sino de una realidad profundamente humana: la desnudez interior exige una forma de rendición que no todos están listos para abrazar.

La Escritura misma revela esta diversidad de disposiciones espirituales. Jesús hablaba a multitudes, pero caminaba en intimidad con pocos. No todos podían seguirlo al monte. No todos podían permanecer en Getsemaní. No todos podían velar en el silencio de la noche. La invitación siempre fue universal; la respuesta, profundamente personal.

La oración profunda pertenece a esta categoría. No es imposición, es llamado; no es exigencia, es invitación; no es obligación espiritual, es hambre despertada. Porque nadie puede ser empujado hacia el silencio verdadero. Nadie puede ser forzado hacia la quietud interior. Nadie puede ser

obligado a permanecer donde el yo comienza a morir. La oración profunda no puede enseñarse como técnica ni imponerse como disciplina rígida. Solo puede ser deseada, buscada, abrazada.

Aquí resulta imprescindible afirmar algo con claridad magisterial. Este libro no pretende crear culpa, no establece cargas, no fija métricas espirituales, no define estándares de superioridad devocional, no sugiere jerarquías de espiritualidad, simplemente abre una puerta.

Porque la oración profunda no es una forma “más elevada” de oración en términos competitivos, sino una dimensión natural de la comunión cuando el corazón comienza a ser atraído hacia la quietud. No reemplaza otras expresiones legítimas de la vida espiritual, pero revela algo que muchas veces permanece oculto tras el ruido religioso: la presencia es suficiente.

No todos desean esta suficiencia, muchos aún necesitan la seguridad de la actividad, la validación de la experiencia perceptible, la estructura de lo medible, y esto no debe ser juzgado con dureza ni evaluado con arrogancia espiritual. Cada creyente transita procesos distintos. Cada corazón madura en tiempos distintos. Cada alma responde según la obra silenciosa del Espíritu.

Porque la oración profunda no es una conquista humana, es una atracción divina. ***“Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44).*** Aquí

reside la serenidad más profunda de esta invitación. No se trata de convencer, sino de testificar, no de imponer, sino de señalar; no de exigir, sino de abrir camino.

Quizá algunos lectores cerrarán estas páginas con una sensación de reconocimiento silencioso. Algo en su interior ya conocía esta dimensión. Algo ya había experimentado esa quietud donde las palabras comienzan a sobrar. Algo ya había percibido esa presencia donde el alma aprende a descansar.

Quizá otros sentirán inquietud. Tal vez resistencia, tal vez desconcierto, tal vez preguntas, y esto es perfectamente natural. Porque el silencio no puede comprenderse plenamente desde la teoría, sino que debe ser habitado, atravesado, experimentado.

La oración profunda no se explica; se vive; no se define; se habita; no se enseña únicamente; se descubre. Pero para aquellos cuyo corazón ha comenzado a ser inclinado hacia esta quietud, para aquellos que han comenzado a sentir, no presión religiosa, sino hambre interior, la invitación permanece abierta: “Volvemos al Padre con toda sinceridad, con toda profundidad y a corazón abierto”.

Debemos “Entrar”, tomando esto como encontrar los tiempos de una intimidad verdadera, sin celulares, sin televisores, sin música, sin ruidos. “Cerrar la puerta”, como poniendo un límite a todo y a todos los que nos rodean diariamente. “Callar”, considerando esto como hacer

silencio, impidiendo que palabras aprendidas y repetidas hasta el cansancio sean dichas diariamente ante el Señor.

Esto, no para producir algo, sino para alcanzar a Alguien. No para obtener experiencias, sino para permanecer en Él en todo tiempo. Porque en el misterio silencioso de Su presencia... El alma finalmente encuentra su verdadero hogar y su anhelado descanso.

“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.”

1 Juan 4:16



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda

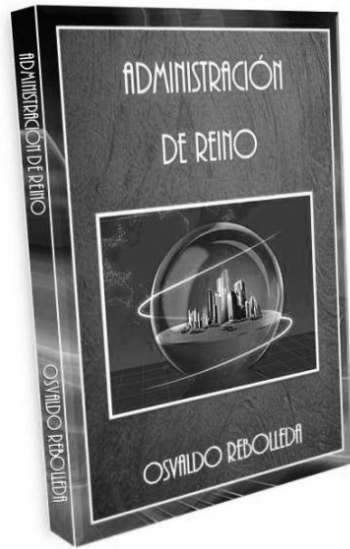
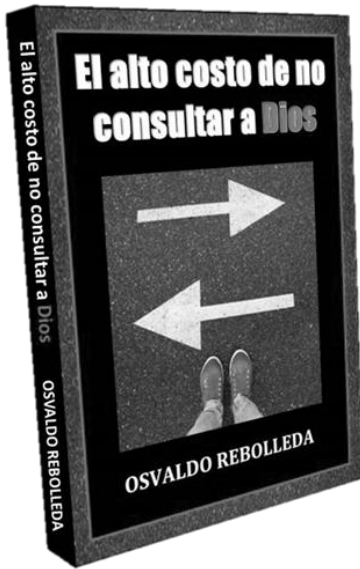


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

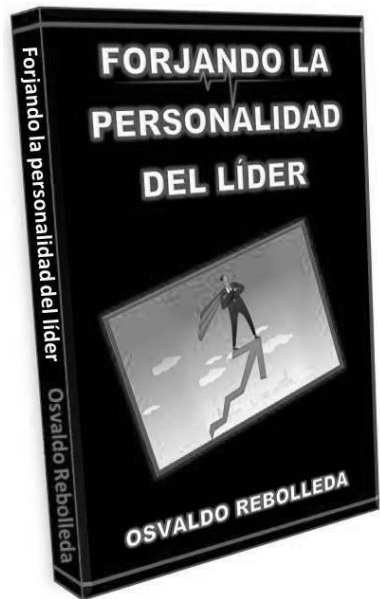
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

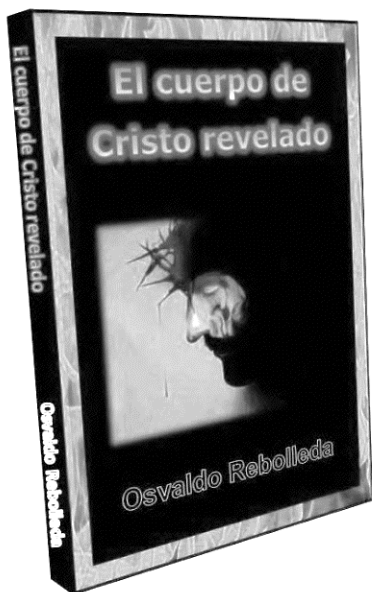
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

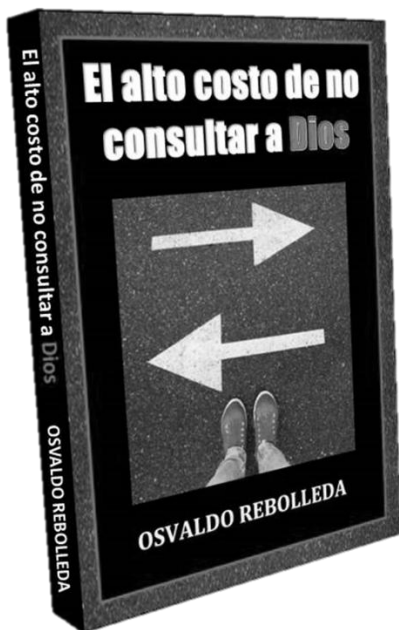


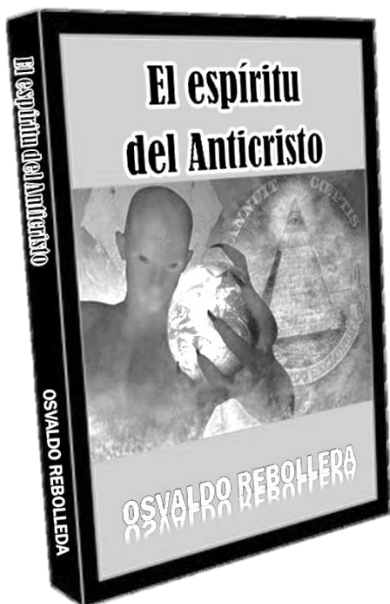
www.osvaldorebolleda.com



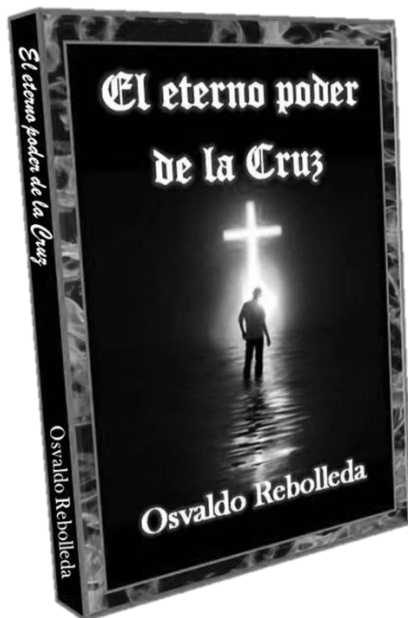
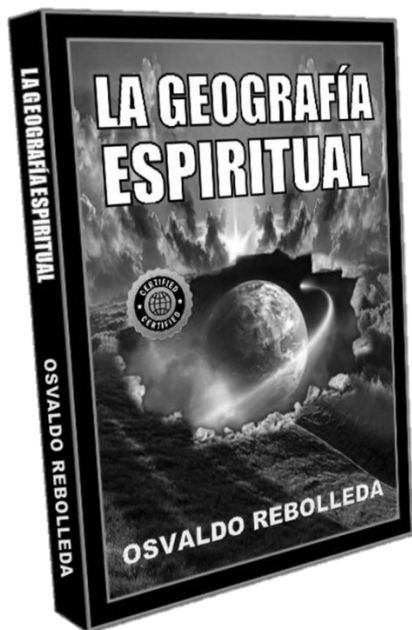


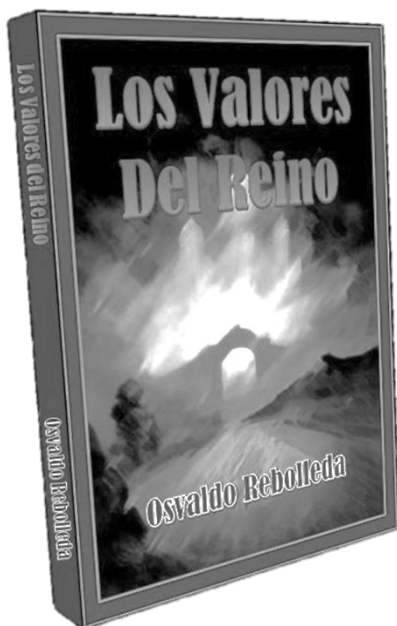
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

